

LOS EXPERIMENTOS DE MATHILDA



Salvador Rangel Abud

LOS EXPERIMENTOS DE MATHILDA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Estocolmo. El apartamento de Narda Lindström tiene esa cualidad reconfortante que solo poseen los espacios de las personas que se dedican profesionalmente a arreglar las vidas de otros: libros de psicología estratégicamente colocados, plantas que milagrosamente siguen vivas a pesar del clima sueco, y una cafetera italiana que ha sobrevivido a más crisis existenciales que la mayoría de las parejas de la ciudad.

Mathilda —psicóloga, treinta y tantos, con una carrera impecable y una vida sentimental que desafía cualquier pronóstico— tiene un plan. Un plan científico, sistemático, riguroso: salir con un hombre de cada signo zodiacal, documentar los resultados con la objetividad de una investigadora, y demostrar de una vez por todas que la astrología no tiene nada que ver con la compatibilidad amorosa. O quizás lo contrario. El caso es que hay que tener un método.

Lo que sigue son doce experimentos, doce desastres de distintas magnitudes y texturas, doce formas en que el universo puede recordarle a una psicóloga sueca que el amor no se comporta como una variable controlada. El Carnero que llegó con un plan mejor que el suyo. El Toro que convirtió una cena romántica en una demostración de fuerza involuntaria. Los Gemelos que resultaron ser literalmente dos personas. El Escorpión que sabía demasiado. Y Piscis, al final, que nadaba en una dirección que Mathilda no había calculado en ninguno de sus cuadernos.

Los Experimentos de Mathilda es una comedia romántica construida con la precisión de quien conoce la psicología humana lo suficiente como para saber que precisamente por eso el amor siempre encuentra la manera de sorprendernos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene humor romántico de alta densidad, una protagonista con exceso de método y déficit de espontaneidad, doce hombres que no se comportaron como el manual predecía, y una cantidad considerable de situaciones incómodas narradas con la distancia clínica de quien toma notas mientras su vida sentimental colapsa con elegancia nórdica. No contiene violencia. Sí contiene la clase de escenas que obligan al lector a preguntarse si él o ella también ha cometido alguna vez el error de aplicar lógica al amor.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado. *Los Experimentos de Mathilda* se suma a una serie de novelas ambientadas fuera de México — Londres, São Paulo, Boston, España, Alemania, Argentina, entre otras—

construidas desde la lectura profunda, la investigación específica y una imaginación geográfica que demuestra que el conocimiento de un lugar no requiere haberlo pisado, sino haberlo habitado por dentro. En esta entrega, el rigor científico del autor se convierte en el motor cómico de una protagonista que intenta aplicar el método experimental al territorio más impredecible que existe.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los Experimentos de Mathilda

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Comedia romántica / Ficción de humor / Novela de caracteres

Extensión: ~29,941 palabras aproximadamente

Estructura: 12 capítulos (uno por signo zodiacal) + Epílogo + Nota final

Ambientación: Estocolmo, Suecia

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que cualquier persona que haya intentado racionalizar el amor se habrá hecho alguna vez: ¿qué pasa cuando aplicamos el método científico a algo que por definición escapa a todo método?

Mathilda no es una ingenua ni una romántica empedernida. Es alguien inteligente que decide usar su inteligencia exactamente donde menos sirve, con la convicción de quien no ha aprendido todavía que hay diferencia entre entender a las personas y conocerlas. Esa diferencia es el corazón de la novela.

El zodiaco no es aquí una afirmación de que la astrología funciona. Es una estructura narrativa: doce arquetipos, doce formas de estar en el mundo, doce oportunidades para que Mathilda descubra algo sobre los demás y, sin quererlo, algo sobre sí misma. Al final, como en todo buen experimento, los resultados no confirman la hipótesis inicial. Confirman algo mejor.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

comedia romántica · astrología · zodiaco · psicología · Estocolmo · Suecia · amor · humor · experimento · método científico · novela de humor · ficción romántica · novela en español · caracteres · relaciones

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre si la astrología funciona sino sobre si el amor puede controlarse, y la respuesta que propone es que no, pero que esa imposibilidad es precisamente lo que lo hace interesante. A lo largo de sus doce capítulos — uno por cada signo del zodiaco— *Los Experimentos de Mathilda* explora la tensión entre el conocimiento intelectual de la psicología humana y la experiencia real de relacionarse con personas concretas e impredecibles, el humor como consecuencia natural de aplicar método donde no hay método posible, los arquetipos astrológicos como lente para examinar distintas formas de estar en el mundo sin tomar partido por ninguna, y el arco de una protagonista que comienza buscando confirmar una tesis y termina descubriendo una pregunta más interesante. El epílogo y la nota final de Mathilda cierran el ciclo con la honestidad de quien ha completado un experimento cuyos resultados la sorprendieron más que a nadie.

CITAS DESTACADAS

"El apartamento de Narda Lindström tenía esa cualidad reconfortante que solo poseen los espacios de las personas que se dedican profesionalmente a arreglar las vidas de otros."

"Hay diferencia entre entender a las personas y conocerlas. Mathilda tardó doce experimentos en aprenderla."

"El amor no se comporta como una variable controlada. Eso, descubrió Mathilda, era lo único que tenía en común con la ciencia real."

"Al final, como en todo buen experimento, los resultados no confirmaron la hipótesis inicial. Confirmaron algo mejor."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Los Experimentos de Mathilda* un territorio narrativo cercano, con el acento propio de su autor y la particularidad de su estructura zodiacal.

Helen Fielding (*El diario de Bridget Jones*): la protagonista que documenta su vida sentimental con una mezcla de lucidez y ceguera estratégica, convirtiendo el desastre romántico en material literario. Amor Towles (*Un caballero en Moscú*): la estructura episódica donde cada sección tiene su propia identidad mientras avanza un arco mayor. Marian Keyes (*Rachel se casa, Anybody Out There*): la comedia romántica con profundidad psicológica real, donde la risa no excluye la verdad emocional. Guadalupe Loaeza (*Las niñas bien, Primero las damas*): la observación de caracteres femeninos con humor preciso y sin condescendencia.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela ocupa el extremo más luminoso y juguetón del espectro: donde *Sor Adelle la Piadosa* usa el humor para preguntas teológicas y *Las Pesadillas de Ofelia* para la autoconciencia femenina, *Los Experimentos de Mathilda* lo usa para algo igualmente serio envuelto en doce capas de comedia nórdica: la pregunta de si el amor puede conocerse de antemano o solo puede vivirse.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Mathilda es psicóloga y diseña su experimento con rigor profesional. ¿Cree usted que su formación la ayuda o la perjudica en su búsqueda amorosa?

La novela asigna un capítulo a cada signo zodiacal sin tomar partido sobre si la astrología es válida. ¿Reconoció usted rasgos propios o de personas cercanas en alguno de los doce arquetipos?

¿En qué momento del experimento diría usted que Mathilda deja de ser investigadora y se convierte en participante?

La estructura de doce capítulos podría haber resultado repetitiva. ¿Qué recursos usa la novela para mantener el ritmo y la variedad a lo largo de los doce encuentros?

La nota final de Mathilda cierra la novela en su propia voz. ¿Qué revela sobre su personaje lo que elige escribir en ese último momento?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Los Experimentos de Mathilda*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Los Experimentos de Mathilda*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Los Experimentos de Mathilda*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia y —como demuestra esta entrega— la comedia romántica de estructura zodiacal con ambientación nórdica. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay algo que *Los Experimentos de Mathilda* sabe desde su primera página y que su protagonista tarda doce capítulos en aprender: que la diferencia entre un

experimento fallido y un descubrimiento es únicamente la disposición a cambiar la pregunta cuando los datos no confirman lo que esperábamos.

Mathilda llega a Estocolmo con una hipótesis. Sale con algo mejor: la certeza de que el amor no es un problema que se resuelve con el método correcto, sino una pregunta que se vuelve más interesante cuanto más honestamente se formula. Y que a veces, la persona que menos encaja en el esquema es precisamente la que lo hace más verdadero.

Para quien haya intentado alguna vez aplicar lógica al amor —y quién no lo ha hecho— esta novela es, entre otras cosas, una absolución con mucho humor nórdico incluido.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 · wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. Signo: Aries	El Carnero y el Plan Maestro
CAPÍTULO 2. Signo: Tauro	El Toro en la Cristalería
Capítulo 3. Signo: Géminis	Los Gemelos Parlanchines
Capítulo 4. Signo: Cáncer	El Cangrejo Sensible
Capítulo 5. Signo: Leo	El León en su Reino
Capítulo 6. Signo: Virgo	La Virgen Perfeccionista
Capítulo 7. Signo: Libra	La Balanza del Amor
Capítulo 8. Signo: Escorpio	El Escorpión Ardiente
Capítulo 9. Signo: Sagitario	El Centauro Aventurero
Capítulo 10. Signo: Capricornio	La Cabra Ambiciosa

Capítulo 11. Signo: Acuario**El Aguador Excéntrico****Capítulo 12. Signo: Piscis****Los Peces que Nadan Juntos****EPÍLOGO.****El Amor Venciendo al Zodíaco****CAPÍTULO 1. Signo: Aries El Carnero y el Plan Maestro**

El apartamento de Narda Lindström tenía esa cualidad reconfortante que solo poseen los espacios de las personas que se dedican profesionalmente a arreglar las vidas de otros: libros de psicología estratégicamente colocados, plantas que milagrosamente seguían vivas a pesar del clima sueco, y una cafetera italiana que había sobrevivido a más crisis existenciales que la mayoría de las parejas de Estocolmo. Era el lugar perfecto para confesar planes que, en cualquier otro contexto, serían considerados como síntomas de un episodio maníaco menor.

—¿Doce hombres?— Narda arqueó una ceja con esa precisión quirúrgica que había perfeccionado durante años de escuchar a pacientes explicar por qué habían decidido tatuarse el nombre de su ex en el trasero. —¿Doce hombres diferentes, de doce signos zodiacales diferentes, en el transcurso de un año?—

Mathilda, que había ensayado esta conversación frente al espejo durante tres días consecutivos, asintió con la determinación de alguien que había convertido una idea surgida bajo los efectos del Chardonnay en un plan de vida perfectamente racional. —Es pura estadística, Narda. Si realmente existe compatibilidad astrológica, uno de ellos tiene que ser el indicado. Es como... como un algoritmo romántico.—

—Los algoritmos románticos ya existen—, murmuró Narda, removiendo su café con movimientos circulares que parecían hipnóticos. —Se llaman aplicaciones de citas, y por lo que me has contado, han sido tan efectivas para ti como un paraguas de papel en una tormenta ártica.—

Mathilda se acomodó en el sofá de terciopelo verde —el único lujo que Narda se había permitido en su decoración minimalista— y extendió ante su amiga una libreta llena de anotaciones, gráficos y lo que parecía ser un cronograma codificado por colores. La dedicación era impresionante, el método cuestionable, pero la determinación absolutamente inquebrantable.

—Mira—, dijo, señalando la primera página con el entusiasmo de un científico presentando su teoría del todo, —empiezo con Aries en marzo, que es su

temporada natural. Son impulsivos, apasionados, directos. Si va a funcionar con un Aries, debería ser obvio desde el primer encuentro.—

Narda observó las notas de su amiga con la fascinación de quien contempla un accidente de tráfico en cámara lenta. Había columnas para —características astrológicas—, —estrategias de aproximación—, —lugares de encuentro probables— y, lo que la preocupaba más, —criterios de evaluación post cita—. Era como si Mathilda hubiera decidido convertir el romance en una tesis doctoral.

—¿Y cómo planeas encontrar a estos especímenes zodiacales?— preguntó, aunque una parte de ella temía la respuesta.

—Investigación de campo—, respondió Mathilda con toda naturalidad. —Los Aries frecuentan gimnasios, competencias deportivas, restaurantes con cocina flambeada. Son predecibles en su impredecibilidad.—

Narda solo arqueó las cejas y asintió sonriendo a su amiga-paciente...—si ya lo has decidido—

Tres días después, Mathilda se encontraba en —Flamma—, un restaurante conocido tanto por sus espectaculares platos flambeados como por atraer a hombres que consideraban que cocinar con fuego era una extensión natural de su masculinidad primitiva. Había llegado temprano, se había situado estratégicamente en la barra con vista a la cocina abierta, y esperaba con la paciencia de un cazador profesional.

No tuvo que esperar mucho. Magnus Eriksson apareció como un huracán vestido de chef, gritando órdenes en sueco, inglés y lo que parecía ser una mezcla de ambos idiomas salpicada de obscenidades creativas. Alto, rubio, con antebrazos que evidenciaban años de amasar pan y músculos que sugerían que también levantaba pesas en su tiempo libre, Magnus era el estereotipo de Aries hecho realidad: pura energía en movimiento perpetuo.

—¡Flambé perfecto!— rugió mientras una llamarada azul se elevaba de su sartén, iluminando su rostro con un resplandor casi místico. —¡Así se hace, carajo!—

Mathilda no pudo evitar sonreír. Después de meses de citas con hombres que susurraban disculpas por existir, la presencia arrolladora de Magnus era como un shot de adrenalina directo al sistema nervioso. Cuando él la miró desde la cocina y le guiñó un ojo con la confianza de quien nunca ha dudado de su propio encanto, ella supo que su primer experimento estaba oficialmente en marcha.

Dada la evidente belleza física de Mathilda, la aproximación fue más fácil de lo que había anticipado. Magnus terminó su turno a las diez de la noche y, como todo buen Aries que no conoce el significado de la palabra —sutil—, se dirigió directamente hacia ella.

—¿Disfrutaste el espectáculo?— preguntó, apoyándose en la barra con una sonrisa que había derretido más corazones que sus flambés habían derretido mantequilla.

—Impresionante—, respondió Mathilda con honestidad. —Especialmente la parte donde casi incendias las cejas de tu sous chef.—

Magnus se rio con una carcajada que hizo que varias cabezas se volvieran hacia su dirección. —Fredrik ya no tiene cejas desde el año pasado. Está inmunizado.

¿Te gustaría que te prepare algo especial? La cocina está cerrada para el público, pero...—

—¿Siempre invitas a desconocidas a tu cocina después del horario?—

—Solo a las que se quedan hasta el final del espectáculo sin apartar la vista—, replicó con una honestidad tan directa que Mathilda casi se atraganta con su copa de vino. —Además, tienes esa mirada de alguien que aprecia el arte culinario. O de alguien que está planeando algo interesante. No estoy seguro de cuál de las dos opciones me intriga más.—

Veinte minutos después, Mathilda se encontraba en la cocina del restaurante, sentada en un taburete mientras Magnus preparaba lo que él llamó —medianoche sueca—: una combinación improvisada de salmón, eneldo fresco, papas pequeñas y una salsa que inventaba sobre la marcha, todo mientras le contaba la historia de cómo había decidido ser chef después de incendiar accidentalmente la cocina de su abuela a los dieciséis años.

—Ella me dijo que si iba a destruir cocinas, al menos debería aprender a hacerlo profesionalmente—, explicó mientras cortaba hierbas con movimientos rápidos y precisos. —Resulta que tenía razón. He destruido al menos cinco cocinas desde entonces, pero ahora me pagan por hacerlo.—

La conversación fluyó con la misma facilidad que el vino que Magnus había sacado de la reserva personal del restaurante. Hablaron de viajes, de comida, de la extraña satisfacción de crear algo hermoso que desaparece en cuestión de minutos. Magnus tenía esa cualidad ariana de hacer que cada anécdota sonara como la aventura más emocionante del mundo, y Mathilda se descubrió riendo más de lo que había reído en meses.

—¿Y tú qué haces cuando no estás analizando chefs en su hábitat natural?— preguntó él mientras flambeaba un postre improvisado que olía a coñac y promesas peligrosas.

—Diseño gráfico—, respondió Mathilda, omitiendo convenientemente la parte sobre experimentos astrológicos y búsquedas científicas del amor verdadero. —Trabajo con marcas que quieren parecer más interesantes de lo que realmente son.—

—Ah, una artista de la decepción honesta—, Magnus sonrió mientras le pasaba una cucharada del postre aún humeante. —Me gusta eso. La honestidad sobre la deshonestidad es la forma más pura de sinceridad.—

Fue entonces cuando Mathilda se dio cuenta de que estaba en problemas. No problemas del tipo —este experimento va a ser más complicado de lo que pensé—, sino problemas del tipo —este hombre es peligrosamente encantador y si no tengo cuidado voy a olvidarme completamente de que esto se supone que es investigación científica.—

El postre era una revelación gastronómica, la conversación una delicia intelectual, y Magnus... Magnus era exactamente lo que toda su investigación astrológica había predicho que sería un Aries: impulsivo, apasionado, absolutamente irresistible, y completamente inconsciente de los límites sociales convencionales.

—¿Sabes qué?— dijo de repente, dejando su cuchara y mirándola con esa intensidad que caracteriza a los signos de fuego. —Creo que me estoy enamorando de ti.—

Mathilda casi se atraganta con el coñac. —¿Perdón?—

—Ya me escuchaste—, Magnus se acercó con la confianza de quien nunca ha sido rechazado. —Llevo tres horas contigo y ya sé que eres inteligente, divertida, hermosa, y lo suficientemente loca como para quedarte hasta medianoche en la cocina de un restaurante con un chef que acabas de conocer. ¿Qué más necesito saber?—

Era, sin duda, la declaración de amor más prematura en la historia de las declaraciones prematuras. También era, Mathilda tuvo que admitir, sorprendentemente halagadora. En un mundo donde los hombres tardaban tres meses en decidir si estaban listos para cambiar su estatus de Facebook, la honestidad brutal de Magnus era como un vaso de agua fría en el desierto de la ambigüedad romántica moderna.

—Magnus—, comenzó, intentando encontrar una respuesta que no fuera ni demasiado cruel ni demasiado alentadora, —acabamos de conocernos hace tres horas.—

—¿Y qué?— él se encogió de hombros con esa simplicidad que solo poseen los que viven completamente en el presente. —Mi abuela conoció a mi abuelo un martes por la tarde y se casaron el sábado siguiente. Estuvieron juntos cincuenta y dos años hasta que él murió. A veces el corazón sabe lo que la cabeza tarda meses en aceptar.—

Era imposible discutir con esa lógica, principalmente porque no era lógica en absoluto, sino pura intuición ariana expresada con la convicción de una verdad universal. Mathilda se encontró dividida entre la fascinación antropológica y un peligroso cosquilleo en el estómago que no tenía nada que ver con el coñac.

—¿Y si me voy ahora y nunca más vuelves a verme?— preguntó, más por curiosidad científica que por crueldad.

Magnus se quedó pensativo durante exactamente tres segundos. —Entonces habré tenido la mejor noche de mi vida hasta ahora, y pasaré el resto de mis días intentando replicar esta sensación con alguien más. Pero preferiría no tener que hacerlo.—

La honestidad era devastadora. También era completamente ariana: directa, sin filtros, y absolutamente sincera. Mientras Mathilda caminaba de regreso a su apartamento a las dos de la madrugada, con el sabor del postre de Magnus aún en los labios y su número de teléfono guardado en su celular, se dio cuenta de que su primer experimento había revelado algo que no había anticipado: tal vez el problema no era que los hombres fueran impredecibles, sino que ella se había acostumbrado tanto a la mediocridad que había olvidado cómo se sentía la intensidad genuina.

Tres días después, Magnus la había llamado diecisiete veces, le había enviado fotos de cada plato que cocinaba —pensando en ella—, y había aparecido en su oficina con un almuerzo gourmet y una propuesta para escaparse a Copenhague el fin de semana.

Era demasiado, muy rápido, y completamente insostenible a largo plazo. También era, Mathilda tuvo que admitir mientras observaba a Magnus explicar con entusiasmo maniático su plan para abrir un restaurante que fusionara la cocina sueca con la técnica flambeada francesa, absolutamente irresistible.

El final llegó, como todo lo relacionado con Magnus, de manera dramática y completamente inesperada. Durante su cuarta cita, en un bar donde él había insistido en demostrar sus conocimientos sobre cócteles flambeados, Magnus se involucró en una discusión sobre técnicas de cocción con otro cliente que terminó en una pelea que incluía servilletas ardiendo, dos sillas rotas, y la intervención de la policía local.

—¡La paella no se cocina con mantequilla, animal!— gritaba Magnus mientras dos oficiales intentaban separarlo de un turista español que había cometido el error de criticar la interpretación sueca de la cocina mediterránea. —¡Es un crimen contra la gastronomía!—

Mathilda, escondida detrás de una columna mientras contemplaba cómo su cita de ensueño se convertía en un episodio de reality show de televisión, llegó a una conclusión que apuntó cuidadosamente en su libreta experimental: —Aries - Intensidad admirable. Capacidad de compromiso impresionante. Tendencia a la violencia culinaria: preocupante.—

Cuando Magnus salió de la comisaría tres horas después, con una multa por alteración del orden público y una sonrisa que sugería que consideraba toda la experiencia como una aventura memorable, Mathilda ya había tomado su decisión.

—Magnus—, le dijo mientras caminaban por las calles iluminadas de Gamla Stan, —creo que necesitamos hablar.—

—Por supuesto—, respondió él, tomándola de la mano con esa confianza inquebrantable. —¿Quieres que nos mudemos juntos o prefieres que busquemos un lugar nuevo para los dos?—

La ruptura fue tan intensa como había sido el romance: Magnus pasó por las cinco etapas del duelo en el transcurso de una conversación de veinte minutos, incluyendo un intento de reconquista que involucró promesas de cambio, declaraciones de amor eterno, y una demostración improvisada de origami con las servilletas del café donde habían decidido encontrarse.

—Esto no es un adiós—, declaró finalmente, con los ojos brillantes y esa sonrisa que había hecho que Mathilda perdiera la cabeza una semana antes. —Es un hasta luego. Cuando te canses de hombres aburridos que no saben la diferencia entre pasión y rutina, sabes dónde encontrarme.—

Mientras Mathilda veía alejarse a Magnus —quien se detuvo tres veces para voltear y guiñarle el ojo— se dio cuenta de que su primer experimento había sido un éxito rotundo. No porque hubiera encontrado al amor de su vida, sino porque había confirmado que su hipótesis tenía mérito: cada signo zodiacal efectivamente venía con un paquete completo de características predecibles.

También había descubierto algo que no había anticipado: después de años de citas tibias y conversaciones predecibles, la intensidad ariana había sido como redescubrir que tenía terminaciones nerviosas. Era insostenible, sí, pero había sido gloriosamente vivo.

Esa noche, mientras actualizaba sus notas experimentales y comenzaba a planear su encuentro con el próximo signo, Mathilda se permitió una sonrisa. Once signos por recorrer, once oportunidades más de descubrir los misterios del corazón humano.

Lo que no sabía era que Magnus, fiel a su naturaleza ariana, no había mentido cuando dijo que no era un adiós. Los Aries, como descubriría más adelante, tienen una relación muy peculiar con la palabra —no—, y Magnus había decidido que simplemente necesitaba una estrategia mejor.

Pero esa es una historia para más adelante. Por ahora, Mathilda tenía un Tauro que encontrar, y según sus investigaciones, abril iba a ser mucho más predecible que marzo.

O al menos eso esperaba.

CAPÍTULO 2. Signo: Tauro El Toro en la Cristalería

Si el mes de marzo había sido una sinfonía interpretada con lanzallamas, abril prometía ser un vals tocado en violín Stradivarius por un músico que había asegurado el instrumento por más dinero del que la mayoría de los países pequeños destinan a su presupuesto de defensa. Mathilda había aprendido, tras su experiencia con Magnus y sus tendencias pirotécnicas, que quizás era momento de explorar territorios menos propensos a la combustión espontánea y más inclinados hacia lo que los manuales de autoayuda llaman —estabilidad emocional— —concepto que, como la mayoría de las cosas escritas en esos libros, suena reconfortante en teoría pero resulta tan satisfactorio como una dieta de arroz integral en la práctica.

La segunda fase de su experimento la llevó a terrenos que olían a dinero viejo y ambición nueva: las oficinas del Skandinaviska Bank, donde los Tauro se congregaban como ñus en migración, atraídos por el irresistible magnetismo de los salarios fijos, los bonos trimestrales y esa deliciosa sensación de seguridad que solo puede proporcionar una cuenta de ahorros con más ceros que los errores de cálculo de un político prometiendo reducir impuestos.

Erik Lundqvist apareció en la vida de Mathilda como un anuncio de relojes suizos dirigido por Wes Anderson: impecable, silenciosamente arrogante, y con una mandíbula tan definida que podría haber sido esculpida por Miguel Ángel si el renacentista hubiera tenido acceso a tratamientos faciales con caviar. Sus trajes siempre olían a cuero caro y éxito heredado —esa fragancia particular que solo pueden permitirse quienes nunca han tenido que elegir entre pagar la renta o comprar comida orgánica—, y su tarjeta de presentación incluía más siglas que un congreso de economistas con complejo de inferioridad académica.

El encuentro ocurrió en una exposición de relojes antiguos, evento que Mathilda había seleccionado estratégicamente después de descubrir que los Tauro desarrollan una obsesión casi sexual con cualquier objeto que: a) cueste más que un auto usado, b) requiera mantenimiento meticuloso, y c) simbolice la eternidad de una manera que pueden tocar, poseer y, si es necesario, usar como garantía bancaria. Era, básicamente, como pescar en un acuario lleno de peces predispuestos a morder el anzuelo.

Erik estaba plantado frente a un vitral de 1847 con la solemnidad de un sacerdote ortodoxo contemplando una reliquia sagrada. El reloj, según explicó más tarde con voz de documental de la BBC, —simbolizaba la eternidad bien gestionada— —frase que sonaba profunda pero que, analizada con detenimiento, tenía tanto sentido como un manual de instrucciones de Amazon traducido por Google Translate.

—¿Le interesa la relojería —preguntó Mathilda, acercándose con la sonrisa de quien está a punto de lanzar un anzuelo envuelto en papel de regalo— o simplemente le parece sexy que los objetos duren más que las relaciones modernas?

Erik la miró con una de esas medias sonrisas que claramente había practicado frente a un espejo de caoba auténtica, probablemente mientras se ajustaba corbatas que costaban más que el salario mensual de un maestro de primaria.

—Ambas cosas —respondió con una honestidad que lo elevó inmediatamente en la estimación de Mathilda—. Aunque admito que últimamente prefiero la compañía de un reloj automático a la de una pareja con batería emocional baja.

Primer punto para el banquero, anotó mentalmente Mathilda. *Tauro confirmado con tendencias a la metáfora tecnológica*.

Lo que siguió fue un despliegue de seducción taurina en su máxima expresión, un masterclass en cómo conquistar a través de la estimulación de todos los sentidos excepto el sentido común. Erik cortejaba como si hubiera estudiado en una academia especializada en romance de lujo, donde las primeras clases cubrían —Cómo impresionar sin parecer vulgar— y los cursos avanzados incluían —Manipulación sutil del ambiente para máximo impacto sensorial—.

Sus citas eran producciones cinematográficas. Restaurantes donde el menú de degustación era más largo que la constitución de algunos países nórdicos, y donde el sommelier tenía más diplomas colgados en la pared que un médico especialista en países donde la medicina se toma en serio.

Cada encuentro era un concierto de sutilezas: sábanas de hilo egipcio que probablemente habían sido bendecidas por faraones, velas con aroma a bergamota bávara que costaban más que la renta de Mathilda, y playlists de jazz tan cuidadosamente curadas que cada canción había sido seleccionada según algoritmos que tomaban en cuenta la temperatura ambiente, la fase lunar y el nivel de tensión sexual presente en la habitación.

—La sensualidad —le explicó una noche mientras servía un Brunello di Montalcino del 97 con movimientos que sugerían que había tomado clases de hipnosis— no está en el cuerpo, sino en los detalles.

Y Mathilda tenía que admitirlo: ser adorada por un Tauro era como vivir dentro de un comercial de perfumes dirigido por alguien que entendía que el lujo real no grita, susurra. Todo era carnalidad sin vulgaridad, deseo servido en vajilla de porcelana, placer sin la culpa católica que normalmente acompaña a las cosas realmente buenas de la vida. Erik había convertido el arte de agradar en una ciencia exacta, y Mathilda se encontraba siendo el sujeto de estudio más mimado en la historia de los experimentos románticos.

El problema con la perfección, sin embargo, es que tiende a ser aburrida después de la tercera vez que la experimentas. Como comer caviar todos los

días: al principio es una revelación, luego se convierte en rutina, y finalmente terminas extrañando la simplicidad democrática de un hotdog callejero.

La conversación fatal llegó durante la cuarta semana, justo cuando Mathilda comenzaba a sospechar que Erik había contratado a un equipo de consultores especializados en —Experiencias Románticas Optimizadas— para diseñar cada uno de sus encuentros.

—Quiero que te mudes conmigo —dijo Erik con la misma naturalidad con la que otros mortales invitan a ver una serie en Netflix—. Tengo un ala libre en mi casa de campo. Ya mandé a redecorarla en tonos que favorecen tu tez.

Mathilda se atragantó con el risotto de azafrán que había estado saboreando. No porque estuviera mal preparado —Erik jamás permitiría que algo mal preparado tocara sus labios o los de sus invitados—, sino porque acababa de darse cuenta de que había sido promovida de —mujer interesante— a —accesorio doméstico de lujo— sin siquiera llenar una solicitud.

—¿Perdón? —preguntó, con esa voz que usan las personas cuando necesitan confirmar que no están teniendo una alucinación auditiva.

—El ala este —continuó Erik, ignorando olímpicamente las señales de pánico en los ojos de Mathilda—. Vista al lago, espacio para tus libros, y por supuesto, tendrás una tarjeta secundaria para tus compras. Ya hablé con mi asistente personal. No tendrás que preocuparte por nada nunca más.

Era difícil decidir qué resultaba más ofensivo: el uso casual de la palabra —ala— como si su casa fuera una réplica de Versalles, la naturalidad con la que asumía que Mathilda —mujer independiente, con maestría en diseño gráfico y una colección de tazas vintage que había tomado años perfeccionar— estaba desesperada por convertirse en una geisha doméstica de lujo, o el hecho de que ya hubiera hablado con su asistente antes de consultarle a ella.

—Erik —dijo Mathilda, empleando ese tono que las madres usan cuando van a explicar por qué el cielo es azul a un niño particularmente obtuso—, llevamos tres semanas saliendo.

—Exactamente —replicó él, como si el calendario fuera una prueba irrefutable de amor verdadero y compatibilidad a largo plazo—. El tiempo no es lo importante cuando hay compatibilidad real. Y tú... eres como una silla Barcelona: moderna, funcional, hermosa, y con un diseño que nunca pasa de moda.

Mathilda no supo si estaba siendo seducida o tasada para una póliza de seguro.

Los días que siguieron se convirtieron en una tragicomedia de lujo involuntario. Cenas donde Mathilda intentaba introducir temas como arte contemporáneo o literatura latinoamericana, y Erik respondía con análisis detallados sobre la depreciación del mercado del arte o las oportunidades de inversión en el boom editorial de América Latina.

Paseos por el centro histórico donde Erik insistía en comprarle bufandas italianas —porque tus colores naturales no armonizan con la paleta cromática del invierno nórdico— —comentario que reveló tanto su obsesión por la armonía visual como su incapacidad para entender que algunas personas prefieren elegir su propia ropa.

La gota que derramó el vaso vino durante una cita en la ópera. Erik había reservado un palco privado, había encargado champagne Dom Pérignon y había traído unos auriculares Bose de edición limitada —para mejorar la experiencia acústica—.

—Prefiero la música en vivo sin intermediarios tecnológicos —comentó Mathilda cuando él le ofreció los auriculares—. Es más... auténtico.

Erik la miró como si acabara de confesar que prefería leer libros en papel en lugar de audiolibros narrados por actores profesionales.

—Pero la calidad del sonido se optimiza considerablemente —insistió, con esa paciencia que emplean los vendedores de autos cuando explican por qué necesitas urgentemente el paquete de lujo—. He hecho pruebas comparativas.

—Erik —dijo Mathilda, sintiendo que estaba a punto de cruzar una línea sin retorno—, algunas cosas no necesitan ser optimizadas. Algunas cosas están bien tal como son.

La conversación que siguió reveló la distancia filosófica que los separaba. Para Erik, todo en la vida podía y debía ser mejorado, optimizado, perfeccionado. Las experiencias humanas eran productos que requerían constante actualización, y el amor era un proyecto de inversión a largo plazo que debía gestionarse con la misma metodología que se aplicaría a un portafolio diversificado.

Para Mathilda, que había pasado los últimos años navegando el caos hermoso y frustrante de las relaciones humanas sin manual de instrucciones, la idea de que el romance pudiera ser sistematizado era tan atractiva como una colonoscopia voluntaria.

La ruptura llegó con la puntualidad suiza que caracterizaba todo lo que Erik hacía. Durante una cena privada en su departamento —con chef a domicilio, por supuesto— mientras él desplegaba los planos arquitectónicos de su futura bodega personal y explicaba cómo cada vino estaría catalogado según región, año, potencial de apreciación y maridaje óptimo.

—No soy una inversión a largo plazo, Erik —dijo Mathilda, levantando su copa de Chablis premier en un brindis solitario—. Soy más bien... una startup emocional. Inestable, volátil, con alto riesgo de pérdida total. Los Tauro no cotizan bien conmigo.

Erik parpadeó varias veces, como si su cerebro estuviera procesando un error de sistema. Por primera vez desde que lo conocía, parecía no tener un plan de contingencia previamente elaborado y respaldado por estudios de mercado.

—¿No te parece que estás tomando una decisión precipitada? —preguntó finalmente—. Podríamos hacer un análisis de costo-beneficio de la relación, identificar las áreas problemáticas y desarrollar un plan de mejora mutua.

—No, Erik —respondió Mathilda, ya poniéndose de pie—. Me parece que tú tomaste una decisión precipitada... por los dos. Y eso no es amor, es gestión de recursos humanos.

Esa noche, Mathilda salió del elegante edificio de Erik con una bufanda de cachemira que él le había regalado —porque complementaba su estructura ósea —, un sentimiento de alivio en el pecho tan grande como Suecia, y la certeza de que la estabilidad sin libertad no es seguridad, sino una jaula acolchonada con sábanas de hilo egipcio.

Mientras caminaba por las calles de Estocolmo, pensando en cómo los Tauro habían inventado la forma más sofisticada de soledad compartida jamás concebida, actualizó sus notas experimentales:

Tauro: Sensualidad refinada llevada al nivel de ciencia exacta. Capacidad de generar lujo y comodidad ilimitados. Comprensión intuitiva de la importancia de los detalles sensoriales.

Riesgos colaterales: Tendencia a confundir amor con adquisición patrimonial. Posesividad pasiva disfrazada de generosidad. Incapacidad para entender que algunas experiencias humanas no requieren optimización. Propensión a tratar las relaciones como proyectos de inversión con retorno emocional garantizado.

Nota adicional: Los Tauro son los únicos seres humanos capaces de hacer que el paraíso se sienta como una oficina muy bien decorada.

Y mientras planeaba su próximo encuentro zodiacal —esta vez con un Géminis, signo que prometía ser tan diferente de la predictibilidad taurina como un huracán lo es de un reloj suizo— Mathilda se dio cuenta de que tal vez el amor debía ser algo más ligero, más improvisado, menos parecido a un plan de negocios y más parecido a una conversación que nadie sabe cómo va a terminar.

O al menos, esperaba fervientemente que fuera así. Porque si el siguiente capítulo de su experimento resultaba ser tan predecible como el calendario de un banquero, tendría que reconsiderar seriamente si el problema estaba en los hombres, en la astrología, o en su propia capacidad para atraer exactamente el tipo de persona que necesitaba evitar a toda costa.

Capítulo 3. Signo: Géminis Los Gemelos Parlanchines

Después de su experiencia con Erik y su colección de relojes más extensa que el catálogo de promesas electorales de un político en campaña, Mathilda había desarrollado una teoría: cada signo zodiacal era como un canal de televisión específico. Los Aries eran el canal de deportes extremos, los Tauro el de cocina gourmet con presupuesto ilimitado, y los Géminis... bueno, los Géminis eran como tener un control remoto roto que cambiaba constantemente entre Discovery Channel, Comedy Central y un programa de debates universitarios transmitido a las 3 de la madrugada por una emisora que nadie recuerda haber sintonizado.

Y así fue como Axel Bergström irrumpió en su vida como una ráfaga de Wikipedia ambulante con zapatillas vintage y una sonrisa que prometía explicarte el significado oculto de todo, desde el café de la mañana hasta las implicaciones sociológicas de usar calcetines desparejados como declaración política.

El encuentro ocurrió en la librería Söderböcker, santuario secular donde los intelectuales de Estocolmo van a aparecer casualmente leyendo a Proust mientras esperan que alguien note lo increíblemente profundos que son. Mathilda había ido buscando un libro sobre diseño escandinavo —investigación práctica para su trabajo, no pose existencial— cuando escuchó una voz que discutía simultáneamente con el librero sobre Kierkegaard, el precio del café orgánico y la innecesaria complejidad de los términos y condiciones de Spotify.

—¿Sabías que Nietzsche escribió sus mejores obras con dolor de muelas? —le dijo a Mathilda sin siquiera voltear a verla, como si ella hubiera estado participando en la conversación desde 1844—. Tiene perfecto sentido. El sufrimiento enfoca la creatividad. A mí me salen los mejores artículos con resaca. Hay algo poético en escribir sobre la condición humana mientras tu hígado te manda señales de socorro.

Mathilda, que no había abierto la boca ni mostrado interés alguno en filosofía alemana o en los hábitos de escritura de desconocidos, se encontró automáticamente incluida en una disertación sobre cómo el dolor físico puede catalizar la brillantez intelectual. Era como ser secuestrada conversacionalmente por alguien que había confundido el concepto de —presentarse— con —realizar una conferencia TED improvisada—.

—Soy Axel —continuó, finalmente girándose hacia ella con una sonrisa que había practicado frente al espejo hasta lograr el equilibrio perfecto entre —intelectual accesible— y —rebelde con causa universitaria—. Periodista, crítico cultural amateur, y coleccionista de datos inútiles pero estadísticamente fascinantes. Por ejemplo, ¿sabías que las mujeres que leen en librerías tienen 73% más probabilidades de mantener conversaciones interesantes que las que solo navegan por Instagram?

—¿De dónde sacaste esa estadística? —preguntó Mathilda, genuinamente curiosa sobre el proceso mental que había generado esa cifra tan específica.

—Me la acabo de inventar —admitió Axel con una honestidad tan desarmante que resultaba casi encantadora—. Pero suena convincente, ¿no? La precisión estadística falsa es el condimento secreto del periodismo moderno. Eso y los titulares que prometen —5 cosas que cambiarán tu vida— cuando en realidad te van a contar cómo organizar mejor tu clóset.

Y ahí fue cuando Mathilda supo, con la certeza de una brújula apuntando al norte magnético del caos, que había encontrado a su Géminis experimental.

Lo que siguió fue una exhibición de seducción geminiana en estado puro: conversación como deporte de contacto, coqueteo intelectual con referencias que saltaban de Borges a los memes de gatos en menos tiempo del que toma decidir qué desayunar. Axel tenía esa rara habilidad de hacer que cada intercambio de palabras se sintiera como la cosa más fascinante que te había pasado en años, mientras simultáneamente te dejaba con la sospecha de que tal vez estabas siendo víctima de una elaborada performance artística.

—¿Te gustaría continuar esta conversación en un lugar donde sirvan café que no haya sido filtrado por la angustia existencial del barista? —propuso después de veinte minutos de análisis sobre por qué los escandinavos habían perfeccionado tanto el arte de la melancolía que lo habían convertido en producto de exportación.

La primera cita oficial se desarrolló en Café Gamla Stan, un lugar decorado como si alguien hubiera decidido que los años 70 necesitaban una segunda oportunidad pero con mejor wifi. Axel ordenó un expreso —negro como el alma corporativa— y Mathilda pidió un cappuccino, decisión que él interpretó inmediatamente como una declaración sobre su personalidad.

—Cappuccino —musitó Axel, como si estuviera analizando una pieza arqueológica—. Café suavizado, domesticado. Refleja una personalidad que busca equilibrio entre la estimulación y la comodidad. ¿O simplemente te gusta la espuma?

—Tal vez simplemente me gusta el cappuccino —respondió Mathilda, descubriendo que con los Géminis hasta las preferencias cafeteras requerían justificación filosófica.

—Imposible —replicó él—. Nadie —simplemente— hace nada. Todo es símbolo, metáfora, reflejo del inconsciente colectivo. Incluso mi decisión de usar estas zapatillas vintage es una declaración sobre mi rechazo a la tiranía de las tendencias contemporáneas.

Mathilda miró sus zapatillas, que eran idénticas a las que vendían en cualquier tienda de moda rápida por veinte euros.

La conversación fluyó como un río con trastorno de déficit de atención: brillante, impredecible, y con una tendencia alarmante a cambiar de curso sin previo aviso. En el transcurso de dos horas, discutieron la muerte de la privacidad en redes sociales, la superioridad estética de los vinilos sobre el streaming, las implicaciones psicológicas de usar aplicaciones de citas (tema que Axel abordó con la autoridad de alguien que claramente había hecho investigación de campo exhaustiva), y por qué los gatos domésticos eran filósofos más honestos que la mayoría de los columnistas de opinión.

—¿Sabes cuál es el problema con las aplicaciones de citas? —dijo Axel, haciendo esa transición temática que los Géminis ejecutan como si tuvieran un GPS mental programado por alguien con problemas de concentración—. Han clasificado el romance. —desplazar hacia la izquierda—, —desplazar hacia la derecha—, —coincidencia—, —no coincidencia—. Es como si el amor fuera un videojuego donde el objetivo es coleccionar experiencias en lugar de construir algo real.

—¿Y tú no usas aplicaciones? —preguntó Mathilda, sospechando que estaba a punto de escuchar una teoría completa sobre la autenticidad del encuentro casual versus el algoritmo romántico.

—Las uso irónicamente —respondió con esa sonrisa que emplean los hipsters cuando explican por qué hacer algo que critican no cuenta como hipocresía sino como —investigación antropológica—. Para entender el espíritu del tiempo, ¿sabes? Mi bio dice —Periodista en busca de material para columna sobre la deshumanización del romance moderno—. Es sorprendentemente efectivo.

Segunda cita: museo de arte contemporáneo, donde Axel demostró que podía mantener conversaciones simultáneas sobre tres temas diferentes mientras caminaba, hablaba por teléfono con su editor, y analizaba una instalación que consistía en 847 pelotas de ping-pong pintadas de azul colgando del techo.

—Es una metáfora sobre la futilidad de la comunicación en la era digital —explicó, terminando una llamada sobre su próxima columna mientras señalaba las pelotas—Cada esfera representa un mensaje no leído en nuestros teléfonos. El azul simboliza la melancolía de la conexión fallida. ¿No te parece brillante?

Mathilda miró las pelotas de ping-pong, luego miró a Axel, y se preguntó si los Géminis veían metáforas donde el resto del mundo veía simplemente pelotas de ping-pong azules colgando de cables.

—¿O tal vez el artista tenía muchas pelotas de ping-pong y acceso a pintura azul? —sugirió.

—¡Exacto! —exclamó Axel como si ella hubiera descubierto la cura del cáncer—. Esa es una interpretación igualmente válida. El genio del arte contemporáneo es que puede significar todo y nada simultáneamente. Como mi relación con el compromiso.

Y ahí estaba la señal de alerta que Mathilda había aprendido a reconocer: cuando alguien menciona su —relación con el compromiso— en tercera persona, como si fuera un concepto abstracto que requiere análisis académico en lugar de una decisión personal bastante directa.

Tercera cita: Axel apareció con una personalidad completamente nueva. Había cambiado las zapatillas vintage por botines de cuero, el gorro irónico por una chaqueta que gritaba —escritor que se toma demasiado en serio—, y la charla intelectual por monólogos sobre su infancia en un pueblo donde —la tradición era más importante que la innovación—, comentario que no parecía particularmente traumático pero que él narraba como si hubiera sobrevivido a una secta religiosa.

—Mi padre vendía seguros —confesó mientras bebían cerveza artesanal en un bar que parecía decorado por alguien que había visto demasiadas películas de Wes Anderson—. Seguros de vida, seguros de auto, seguros contra todo lo que pudiera salir mal en la existencia humana promedio. Vivíamos rodeados de probabilidades de desastre. ¿Te imaginas crecer pensando que todo necesita protección contra todo?

—Suenas... prudente —comentó Mathilde, comenzando a sospechar que estaba conociendo a la versión —pasado traumático— de Axel, persona completamente diferente del —intelectual irónico— y del —crítico cultural amateur— de citas anteriores.

—¡Exactamente! —respondió él, como si —prudente— fuera la palabra más ofensiva del diccionario sueco—. Por eso me dediqué al periodismo. Es la única profesión donde puedes vivir completamente sin red de seguridad, saltando de historia en historia, sin garantías de que algo vaya a funcionar. Es liberador y aterrador. Como salir con alguien sin aplicación de citas.

Cuarta cita: Axel el romántico hizo su aparición estelar. Llegó con un ramo de flores que había comprado —no por tradición burguesa, sino porque las flores son poesía botánica— y un poema que había escrito especialmente para ella. El poema tenía cuarenta versos, cada uno comenzando con una letra de su nombre, excepto que había confundido la —H— con una —J— y en lugar de —Mathilda— había escrito sobre —Matjilda—, personaje que según el poema tenía —ojos como faros en la tormenta del capitalismo tardío—.

—Es licencia poética geminiana —explicó cuando ella señaló el error—. Los Géminis no nos limitamos a la realidad literal. Creamos versiones mejoradas de la realidad, donde tu nombre puede tener la —J— que siempre necesitó para sonar más... internacional.

Mathilda no sabía si reír o llamar a un psiquiatra.

Quinta cita: durante una cena tailandesa donde el nivel de picante del curry parecía proporcional al nivel de confusión en su relación, Mathilda finalmente hizo la pregunta que había estado evitando durante semanas.

—Axel, ¿estás saliendo con alguien más?

Él bajó los palillos con la solemnidad de un diplomático a punto de declarar la guerra.

—Define —salir— —respondió, con esa sonrisa que había perfeccionado para situaciones donde la honestidad técnica podía sustituir a la honestidad emocional.

—Ver romántica o sexualmente a otra persona además de mí.

—Romántica, no. Sexualmente... esporádicamente. Experimentalmente, tal vez. No creo en las etiquetas restrictivas. Ni en la monogamia obligatoria. Ni en los platos cuadrados, pero aquí estamos comiendo en vajilla geométricamente desafiante.

Mathilda sintió algo que reconoció como el sonido de su paciencia rompiéndose como cristal caro.

—¿Y mi experimento con los signos zodiacales es compatible con tu... zoológico emocional?

—¡Zoológico emocional! —exclamó Axel, sacando inmediatamente su teléfono—. Eso es genial. ¿Puedo usarlo en mi próxima columna? Estoy escribiendo una serie sobre el poliamor involuntario en la era de las aplicaciones.

Al día siguiente, Mathilda recibió un audio de ocho minutos y treinta y siete segundos titulado —Reflexiones matutinas sobre las estructuras líquidas del amor postmoderno—, donde Axel analizaba su conversación de la noche anterior como si hubiera sido un experimento sociológico fascinante del cual él era observador participante. Nunca mencionó la palabra —relación—. Tampoco la palabra —disculpa—.

Mathilda actualizó sus notas de campo con la resignación de una científica que acaba de confirmar una hipótesis desagradable:

Géminis: Verborrea incontinente disfrazada de profundidad intelectual. Capacidad ilimitada para reinventarse a sí mismos cada 48 horas. Habilidad sobrenatural para convertir cualquier conversación personal en material para columna periodística.

Riesgos colaterales: Amnesia emocional selectiva. Alergia crónica al compromiso. Tendencia alarmante a hacer stand-up filosófico en lugares públicos. Propensión a tratar las relaciones como investigación antropológica con beneficios sexuales opcionales.

Nota adicional: Los Géminis son los únicos seres humanos capaces de hacer que una ruptura se sienta como el final de una conferencia académica particularmente tediosa.

La —ruptura— —si es que podía llamarse así a algo que Axel probablemente clasificaría como —transición dialógica entre capítulos afectivos— ocurrió con la naturalidad de alguien que cambia de canal. Un día estaban explorando las complejidades emocionales del poliamor postmoderno, al siguiente él le envió

un mensaje de texto que decía: —Necesito espacio para procesar mis múltiples yos. Nada personal. Literalmente, nada es personal para mí.—

Mathilda cerró su diario experimental con un suspiro que contenía toda la sabiduría acumulada de tres signos zodiacales, dos ex novios con problemas de personalidad, y la creciente sospecha de que tal vez el problema no estaba en los hombres, ni en la astrología, sino en su propia capacidad magnética para atraer exactamente el tipo de persona que debería evitar como si fuera gluten emocional.

Mientras planificaba su próximo encuentro zodiacal —un Cáncer que prometía traer estabilidad emocional y, con suerte, conversaciones que no requirieran un glosario de términos postmodernos— se preguntó si no sería más fácil adoptar un gato y declararse oficialmente retirada del mercado romántico.

Capítulo 4. Signo: Cáncer El Cangrejo Sensible

Después del huracán intelectual que fue Axel —una especie de Wikipedia con piernas que había confundido el cortejo con una clase magistral sobre la futilidad de la existencia postmoderna—, Mathilda se encontraba en el estado emocional equivalente a haber pasado tres horas en un centro comercial lleno de adolescentes gritando: agotada, desorientada, y con un deseo desesperado de silencio y chocolate caliente.

Era el momento perfecto para invocar las supuestas virtudes cancerianas que prometían todo lo que Axel no había podido ofrecer: estabilidad emocional, calidez humana, y conversaciones que no requirieran un diccionario de filosofía contemporánea para ser descifradas.

Según la biblia astrológica que había consultado —un libro que prometía —Descifrar el Código Zodiacal del Amor— y que probablemente había sido escrito por alguien que nunca había salido con nadie más complicado que su propio reflejo—, los Cáncer eran criaturas domésticas por naturaleza: sensibles, protectores, con una inclinación natural hacia la cocina casera y los abrazos prolongados. Básicamente, novios que venían con seguro de vida emocional incluido.

Lo que el libro no mencionaba es que la línea entre —protector— y —stalker emocional— a veces es tan delgada como el hilo dental que usa tu dentista para torturarte cada seis meses.

Gustav Lindberg apareció en su vida como una publicidad de margarina: todo sonrisas cálidas, suéteres de lana y esa sensación reconfortante de que alguien se preocupa genuinamente por tu colesterol. Su perfil en la aplicación de citas era un himno a la domesticidad: —Enfermero pediátrico de 29 años. Disfruto cocinando para otros, cuidando mis plantas de interior, y construyendo cobijas fuertes para ver Netflix. Busco a alguien especial para compartir cenas caseras y conversaciones profundas.—

La foto principal lo mostraba abrazando a un golden retriever que parecía más radiante que la mayoría de las personas en sus mejores días. Las fotos secundarias incluían: Gustav con delantal cocinando algo que parecía salido de una revista gastronómica, Gustav regando plantas que lucían más saludables

que sus propios sentimientos, y Gustav con su abuela, ambos sonriendo como si acabaran de descubrir la cura para la tristeza mundial: más galletas caseras.

Para Mathilda, que venía del apocalipsis conversacional geminiano, era como encontrar un oasis de cordura en el desierto del dating digital. Finalmente, un hombre adulto que no necesitaba convertir cada intercambio de palabras en una performance artística experimental.

Qué ingenua era.

El primer encuentro fue en Café Himmel, un lugar decorado como si alguien hubiera decidido que los años 50 necesitaban una segunda oportunidad pero con wifi gratis y opciones veganas. Gustav llegó diez minutos antes de la hora acordada —algo que en el universo de las citas modernas es tan raro como encontrar un unicornio que pague impuestos— y la esperaba con una rosa amarilla envuelta en papel reciclado y una sonrisa que irradiaba más calidez que un radiador en pleno invierno sueco.

—Pensé que el amarillo era más amigable que el rojo —explicó entregándole la flor—. El rojo puede ser intimidante en una primera cita. Demasiada presión simbólica.

Mathilda aceptó la rosa preguntándose cuándo habría sido que dar flores se había vuelto algo tan calculado que requería análisis cromático. Pero después de meses de hombres que llegaban tarde, pedían que pagaran a medias, y consideraban que enviar un meme a las 2 AM constituía cortejo romántico, la consideración de Gustav se sentía como encontrar agua fresca después de caminar por el desierto.

Durante las siguientes dos horas, Gustav demostró ser todo lo que prometía su perfil: atento, considerado, genuinamente interesado en lo que ella tenía que decir. Preguntó por su trabajo, escuchó sus respuestas, recordó detalles específicos de sus historias. Era como estar en una cita con alguien que había leído el manual de —Cómo Ser Un Ser Humano Decente— y realmente había tomado notas.

—¿Te gustaría que cocinara para ti este fin de semana? —preguntó mientras compartían un trozo de tarta de manzana que él había insistido en pedir —porque la repostería artesanal debe ser apoyada—. Hago un risotto de hongos que mi abuela dice que es mejor que el de su restaurante favorito en Roma.

Mathilda, que llevaba seis meses subsistiendo a base de comida para llevar y cereales directamente de la caja, sintió algo que podría haber sido amor pero que probablemente era solo hambre disfrazada de romance.

La segunda cita en el apartamento de Gustav fue una revelación: el hombre realmente sabía cocinar. Su cocina estaba organizada como un quirófano, sus especias etiquetadas alfabéticamente, y su refrigerador contenía ingredientes cuya existencia Mathilda había ignorado hasta ese momento. El risotto estuvo espectacular, el vino perfectamente maridado, y la conversación fluyó sin los saltos temáticos esquizofrénicos que habían caracterizado sus experiencias geminianas previas.

—Mi madre siempre dice que la cocina es donde el amor se hace tangible —comentó Gustav mientras servía el postre, un tiramisú que había preparado desde cero—. Cada plato es una forma de cuidar a alguien.

Era encantador. Realmente lo era. Pero había algo en la forma en que mencionaba a su madre —con la frecuencia de alguien que cita estadísticas deportivas— que hizo que Mathilda sintiera un pequeño escalofrío de alerta.

Para la tercera cita, Gustav había organizado lo que él llamó —una noche de mimos domésticos—: cena casera, película en el sofá, y la promesa de —simplemente relajarnos juntos—. Sonaba perfecto para alguien cuya última experiencia romántica había incluido conferencias improvisadas sobre Nietzsche entre platos principales.

La cena fue, nuevamente, impecable. Gustav había preparado sopa de calabaza con jengibre, pan de centeno hecho con masa madre (—Se llama Astrid, la he estado alimentando por tres años—), y una ensalada que parecía salida de Pinterest. La conversación fue suave, reconfortante, como sumergirse en un baño caliente después de un día terrible.

Pero fue mientras iba al baño que Mathilda hizo el descubrimiento que cambiaría para siempre su percepción de los Cáncer domesticados.

En la repisa, entre productos de higiene organizados por marca y tamaño, había una pequeña caja de madera tallada a mano. La curiosidad —esa fuerza destructiva que ha causado más problemas que todas las aplicaciones de citas combinadas— la llevó a abrirla.

Dentro encontró mechones de cabello. No uno. Varios. Cada uno cuidadosamente envuelto en papel de china y etiquetado con letra manuscrita: —Emma - Abril 2019 - Último abrazo—, —Sofia - Diciembre 2020 - Ruptura amistosa—, —Anna - Junio 2022 - Se mudó a Dinamarca—.

Era como descubrir un cementerio capilar. Una necrópolis de relaciones pasadas preservadas con el cuidado de un archivista medieval.

Mathilda cerró la caja con la misma delicadeza con que se desarma una bomba, regresó a la sala con una sonrisa tan artificial como la comida de avión, y terminó la noche pretendiendo que no había visto nada. Porque, técnicamente, mirar en los gabinetes de baño ajenos durante una cita viola aproximadamente diecisiete reglas no escritas del cortejo moderno.

Pero el daño estaba hecho. Cada gesto tierno de Gustav ahora tenía una sombra siniestra. ¿Sus abrazos eran afecto genuino o evaluación táctil para futuras adquisiciones capilares? ¿Su interés en su rutina de cuidado del cabello era coqueteo o investigación de mercado?

La cuarta cita confirmó sus peores temores. Gustav la llevó a un concierto de música clásica —algo civilizado y romántico— pero pasó más tiempo observándola que escuchando la música. No era la mirada admirativa de alguien enamorado; era la concentración intensa de un coleccionista evaluando una pieza potencial.

—Tienes el cabello más hermoso que he visto —susurró durante un interludio particularmente dramático—. Tan brillante, tan... abundante.

La forma en que dijo —abundante— hizo que Mathilda sintiera la necesidad urgente de comprarse un sombrero permanente.

Después del concierto, mientras caminaban por el centro histórico de Estocolmo, Gustav comenzó a mostrar sus verdaderos colores cancerianos: la

necesidad compulsiva de cuidar que rápidamente se transformó en control disfrazado de preocupación.

—¿No crees que esa chaqueta es muy ligera para esta noche? Podrías resfriarte. ¿Tienes bufanda? ¿Has comido suficiente? Te ves un poco pálida. ¿Estás durmiendo bien? ¿Tomas vitaminas?

En el transcurso de cuatro cuerdas, Gustav había diagnosticado tres deficiencias nutricionales, dos problemas de sueño, y una posible anemia, todo basado en su observación —experta— como enfermero pediátrico, especialidad que técnicamente lo calificaba para tratar niños de hasta doce años, no para ser el médico personal no solicitado de su novia.

—Es que me preocupo por ti —explicó cuando ella mencionó que tal vez estaba siendo un poco sobreprotector—. El mundo es tan peligroso, especialmente para las mujeres. Necesitas a alguien que cuide de ti.

Y ahí estaba: el paternalismo benevolente disfrazado de romance. La idea de que ella, una mujer adulta con trabajo, apartamento propio, y la capacidad demostrada de sobrevivir treinta años sin supervisor médico, necesitaba un guardián emocional que monitoreara sus decisiones de vestuario.

La quinta cita fue en casa de Gustav, donde finalmente conoció al personaje central de su universo emocional: su madre, Ingrid Lindberg, una mujer de sesenta y tantos años que había aparecido —por casualidad— justo cuando ellos llegaban.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Gustav con una naturalidad tan forzada que habría hecho que cualquier actor de telenovela se sonrojara de vergüenza—. Mamá, te presento a Mathilda.

Ingrid evaluó a Mathilda con la intensidad de un inspector de aduanas revisando equipaje sospechoso. Sus ojos registraron cada detalle: peinado, maquillaje, postura, y probablemente el estado de sus vitaminas según las teorías de Gustav.

—Gustav me ha hablado mucho de ti —dijo Ingrid con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Dice que tienes el cabello muy bonito.

La cena se convirtió en un interrogatorio disfrazado de conversación familiar. Ingrid quería saber sobre su trabajo (—¿El diseño es una carrera estable?—), sus planes de vida (—¿Has pensado en tener hijos?—), y sus intenciones con su hijo (—Gustav es muy sensible, espero que lo trates bien—).

Mientras tanto, Gustav iba y venía de la cocina, trayendo platos, ajustando la temperatura, preguntando cada cinco minutos si necesitaban algo más, como un mayordomo ansioso atendiendo a dos reinas particularmente exigentes.

—Mi hijo es especial —continuó Ingrid mientras Gustav estaba en la cocina—. Ha tenido algunas relaciones... complicadas. Mujeres que no supieron valorar lo que tenían. Espero que tú seas diferente.

Mathilda asintió educadamente mientras se preguntaba si —complicadas— era código para —escaparon antes de terminar en la colección capilar—.

La gota que derramó el vaso llegó cuando Gustav regresó con el postre y anunció, con el entusiasmo de alguien revelando una sorpresa fantástica:

—¡Le conté a mamá sobre nuestro viaje a las montañas el próximo mes! Está muy emocionada.

—¿Emocionada por qué? —preguntó Mathilda, aunque ya tenía la respuesta.

—¡Porque viene con nosotros! —respondió Gustav como si fuera la noticia más natural del mundo—. Conoce todos los mejores lugares para acampar. Y cocina mejor que yo. Será como unas vacaciones familiares.

Mathilda sintió algo parecido a lo que debe experimentar un animal al darse cuenta de que ha caído en una trampa: pánico, claustrofobia, y el deseo urgente de roer su propia extremidad para escapar.

—Además —continuó Gustav, ajeno a la expresión de horror creciente en el rostro de Mathilda—, mamá quiere enseñarte a hacer sus albóndigas familiares. Es una receta que solo comparte con las nueras potenciales.

Nueras potenciales.

En cinco citas, Gustav había progresado de pretendiente cortés a guardián no solicitado a proxy matrimonial de su madre. Era como estar atrapada en una versión sueca de una telenovela donde el protagonista masculino sufre de síndrome de Edipo agudo y colecciona recuerdos capilares.

La ruptura fue inevitable, pero Gustav la manejó con la gracia emocional de un cisne herido en un lago de lágrimas. Lloró. Luego lloró más. Después preguntó si podían seguir siendo amigos. Luego mejores amigos. Luego padrinos del gato que algún día adoptarían juntos —cuando el dolor pasara—.

—¿Pero podemos hablar de vez en cuando? —preguntó entre sollozos que parecían ensayados—. Solo para ver cómo estás. Para asegurarme de que estés bien. Que estés comiendo. Que no estés triste.

Mathilda le explicó, con la paciencia de alguien que habla con un niño particularmente persistente, que parte del proceso de ruptura implicaba, por definición, no hablar regularmente. Que estar bien o mal era su responsabilidad personal. Que ella había sobrevivido treinta años sin sus consejos nutricionales y probablemente podría continuar haciéndolo.

Gustav asintió con la comprensión de alguien que escucha instrucciones en un idioma extranjero, le entregó una caja de galletas de avena —para el camino—, y le pidió que por favor no bloqueara su número —por si había una emergencia—.

Esa noche, mientras actualizaba sus notas experimentales, Mathilda reflexionó sobre las complejidades del signo canceriano:

Cáncer: Habilidades culinarias excepcionales, instinto protector desarrollado, excelente capacidad de cuidado doméstico.

Riesgos colaterales: Síndrome del salvador no solicitado, dependencia emocional extrema, madre omnipresente con agenda matrimonial, posibles tendencias de coleccionismo capilar concernientes.

Nota adicional: Los Cáncer confunden —cuidar— con —controlar— con la misma frecuencia que los usuarios de aplicaciones de citas confunden —interés genuino— con —disponibilidad inmediata—.

Mientras limpiaba las migas de galleta del fondo de su bolso —porque Gustav había sido generoso hasta el final—, Mathilda consideró que tal vez era hora de

algo menos... intenso. Menos necesitado. Algo con un poco más de brillo propio, menos dependencia materna, y definitivamente menos interés en su rutina capilar.

Necesitaba fuego después de tanta humedad emocional. Ego después de tanta abnegación. Alguien que quisiera ser admirado en lugar de necesitar ser necesitado.

Básicamente, necesitaba a alguien que fuera su propio espectáculo, que no requiriera audiencia constante ni supervisión emocional...y lo consiguió. Con creces. Y con efectos especiales incluidos. Porque el siguiente signo en su expedición zodiacal era Leo.

Y Leo no pide permiso para brillar. Ni para quemar todo a su paso.

Capítulo 5. Signo: Leo

El León en su Reino

Stellan Sundberg no entró en la vida de Mathilda como hacen las personas normales —a través de puertas, ventanas, o aplicaciones de citas con fotos filtradas hasta el punto de ser irreconocibles—. No. Stellan hizo una entrada. Una entrada con E mayúscula, efectos especiales incluidos, y banda sonora mental que sonaba sospechosamente a —Don't Stop Me Now— de Queen reproducida por una orquesta sinfónica dirigida por su propio ego.

Literalmente, con capa.

Era una capa de terciopelo color borgoña que ondeaba detrás de él como si hubiera contratado un generador de viento personal para seguirlo por Estocolmo. Lo cual, conociendo a Stellan, no era del todo imposible.

Mathilda lo conoció en una galería de arte llamada —El Grito Interior— —nombre que probablemente había sido concebido durante una sesión de lluvia de ideas donde alguien confundió profundidad artística con pretensión existencial—, donde los camareros servían cócteles con nombres que requerían un doctorado en filosofía para pronunciar correctamente: —Existencialismo en Brandy—, —Nihilismo con Notas Cítricas—, y el favorito de la casa, —Angustia Postmoderna Servida en Hielo—.

El tipo de lugar donde la gente va no porque genuinamente disfrute el arte, sino porque tener una foto en Instagram sosteniendo una copa cara frente a una pintura incomprensible se ha convertido en la nueva forma de demostrar sofisticación cultural. Como si el consumo de alcohol sobrevaluado mientras se finge entender por qué tres líneas rojas sobre lienzo blanco —representan la fragmentación del alma humana en la era digital— fuera el equivalente moderno de leer a Proust.

Mathilda ya estaba considerando salir discretamente por la puerta trasera —una habilidad que había perfeccionado después de meses de citas fallidas— cuando escuchó una voz declamando Shakespeare con la proyección vocal de alguien entrenado para llegar hasta la última fila del teatro más grande de Europa.

—¡El mundo es un escenario y nosotros meros actores! —rugió un hombre que parecía haber sido tallado por un escultor barroco con tendencias megalómanas y un presupuesto ilimitado para melena dorada.

Llevaba un abrigo largo que cualquier extra de —Los Miserables— habría envidiado, una bufanda que claramente había sido pensada para ser vista desde palcos de ópera, y unos zapatos que brillaban como si los puliera un equipo de mayordomes especializados en calzado teatral.

Era como si un león se hubiera escapado del zoológico real de Skansen, hubiera tomado clases de actuación en la Royal Academy of Dramatic Arts, y hubiera decidido que Estocolmo necesitaba urgentemente más drama en su vida cotidiana.

—Y el mío, por fortuna, es un monólogo glorioso —añadió mientras alzaba su copa de —Angustia Postmoderna— hacia un público que existía principalmente en su imaginación, pero que recibía sus aplausos con la gratitud de quien ha estado esperando reconocimiento toda su vida.

Aquí es importante mencionar que las personas normales, cuando van a galerías de arte, suelen comportarse con esa reverencia silenciosa reservada para funerales y bibliotecas universitarias durante época de exámenes. Susurran comentarios sobre la —técnica del artista— o asienten pensativamente frente a instalaciones que podrían haber sido ensambladas por un niño de cinco años con mucho pegamento y poca supervisión adulta.

Stellan, evidentemente, no había recibido este memo social.

—¿Eso fue —Como gustéis—? —preguntó Mathilda, acercándose a él con la curiosidad morbosa de quien se encuentra con un accidente de tráfico particularmente espectacular: horrible de presenciar, pero imposible de ignorar.

—¡Bravo! —exclamó Stellan, girando hacia ella con una reverencia que habría hecho llorar de orgullo a cualquier maestro de ceremonias del siglo XVIII—. No solo bella, sino culta. Una combinación tan rara en estos tiempos donde la belleza se mide en likes y la cultura en la capacidad de reconocer memes de TikTok.

Se detuvo dramáticamente, como si hubiera pronunciado una verdad universal que merecía ser grabada en mármol.

—Dime tu nombre y escribiré una oda en tu honor. Una oda verdadera, no esos poemas de Instagram donde —corazón— rima forzosamente con —pasión— y todo termina con emojis de fuego.

—Mathilda. Pero con —th—, no con —t—. Los detalles ortográficos son importantes —replicó ella, sintiendo esa mezcla peculiar de fascinación y terror que uno experimenta al encontrarse frente a un fenómeno natural particularmente impresionante, como un volcán en erupción o un tornado con tendencias artísticas.

—¡Mathilda! —proclamó él, saboreando cada sílaba como si fuera vino añejo—. Un nombre que suena a reina medieval con biblioteca personal y opiniones políticas avanzadas para su época.

La primera cita —si es que podía llamarse cita a lo que técnicamente fue una experiencia inmersiva no consensuada en teatro experimental— no ocurrió en un restaurante normal donde las personas civilizadas se conocen intercambiando información básica sobre trabajos, hobbies, y traumas familiares menores.

Fue una invitación al —estreno privado mundial— de una obra teatral escrita, dirigida, producida, diseñada, musicalizada y, por supuesto, protagonizada por Stellan Sundberg. Una producción que se representaba en su propio apartamento, donde cada habitación había sido meticulosamente transformada en un escenario diferente.

Su apartamento no era un hogar; era un parque temático dedicado a la adoración de sí mismo.

La cocina había sido rebautizada como —El Reino de las Pasiones Culinarias—, decorada con utensilios que brillaban como reliquias sagradas y una mesa dispuesta como si esperara la visita del rey de Francia. El baño se había convertido en —El Santuario de la Purificación Existencial—, completo con velas aromáticas, espejos con marco dorado, y una bañera que parecía haber sido importada directamente de Versalles.

Y el dormitorio... bueno, ese era —El Palacio de los Deseos—, una descripción que hizo que Mathilda se preguntara si debería haber traído un casco protector y un plan de escape.

Durante toda la velada, Mathilda permaneció con la sensación persistente de estar participando en una obra de teatro experimental para la cual nunca había recibido el guion, y donde su papel aparentemente consistía en hacer de público cautivo mientras Stellan interpretaba todos los demás personajes, incluidos algunos que parecían haber sido inventados sobre la marcha.

—¿Siempre hablas como si estuvieras en un escenario del Globe Theatre? —le preguntó mientras él improvisaba un soneto frente a un espejo de cuerpo completo que obviamente había sido colocado estratégicamente para facilitar estos momentos de autocontemplación poética.

—No es actuación, querida mía —respondió, ajustándose la túnica doméstica que llevaba puesta porque, según sus propias palabras, —la ropa común asesina el alma creativa—. Es vida dramatizada. Es elevar lo cotidiano a la categoría de arte. Es negarse a vivir en blanco y negro cuando el universo ofrece una paleta completa de colores.

Hizo una pausa teatral, mirándose al espejo con la intensidad de Narciso descubriendo agua por primera vez.

—Además, ¿por qué conformarse con ser un extra en la película de la vida cuando puedes ser el protagonista de tu propia ópera?

Y ahí estaba el problema fundamental con Stellan: había confundido vivir intensamente con vivir como si cada momento fuera el clímax de una tragedia griega que requería aplauso inmediato.

Con Stellan, cada desayuno se convertía en una gala matutina donde él oficiaba como maestro de ceremonias de sus propios huevos benedictinos. Cada paseo por las calles de Estocolmo se transformaba en una procesión real donde saludaba a transeúntes desconcertados como si fueran súbditos esperando su bendición real.

Usaba fragancias con nombres como —Majestad de Medianoche— y —Emperador del Amanecer— —perfumes que probablemente había encargado en especial porque los disponibles comercialmente no tenían suficiente

grandilocuencia para su aura personal—. En casa vestía túnicas de terciopelo porque, según él, —la comodidad plebeya embota el espíritu artístico—.

Tenía un gato persa de pelo largo llamado Crítica Constructiva que lo seguía por el apartamento como un asistente personal particularmente peludo, y que había sido entrenado para sentarse elegantemente durante las presentaciones domésticas de Stellan, como si fuera parte del equipo de producción.

Al principio, Mathilda se sintió genuinamente hipnotizada. Después de meses navegando el océano gris de hombres que consideraban que enviar un —¿Qué tal?— a las 11 PM constituía seducción avanzada, y que creían que invitar a —Netflix and chill— era el equivalente moderno de cortejo romántico, estar cerca de alguien tan... desproporcionadamente dramático resultaba fascinante.

Era como salir con una aurora boreal humana: imposible de ignorar, visualmente impactante, y con la capacidad de hacer que todo lo demás pareciera opaco por comparación.

Stellan no caminaba; se desplazaba con la gracia majestuosa de alguien que espera ser observado desde múltiples ángulos. No hablaba; pronunciaba declaraciones que sonaban como si hubieran sido escritas por Shakespeare durante un ataque de egocentrismo agudo. No comía; —experimentaba sabores que despertaban sinfonías en su paladar—.

Hasta que Mathilda comenzó a comprender una verdad incómoda: en el elaborado guion teatral de la vida de Stellan, ella no era la coprotagonista. Era el personaje secundario cuya única función dramática era proporcionar aplausos en las pausas, admiración en los silencios, y una audiencia garantizada para su espectáculo perpetuo.

—Mañana daré una función en la Casa de la Cultura —le anunció un martes mientras se probaba cinco camisas diferentes frente a ella, sin solicitar ni esperar su opinión, porque ya sabía cuál era —la que el público merecía ver—. Un monólogo sobre la soledad del genio incomprendido. Muy íntimo. Solo para trescientas personas selectas.

Mathilda asintió, haciendo esfuerzos titánicos para no mencionar que eran las ocho de la mañana de un día laborable, y que nadie en la historia de la humanidad civilizada había necesitado lentes antes del primer café, ni siquiera los Leo con tendencias megalómanas.

—¿Íntimo con trescientas personas? —se aventuró a preguntar.

—La intimidad, querida, no se mide por la cantidad sino por la intensidad emocional —respondió mientras se decidía por una camisa color dorado que parecía haber sido tejida con hilos de narcisismo puro—. Cuando un artista verdadero se desnuda emocionalmente frente a su público, incluso un estadio completo se convierte en confesionario.

Durante la cuarta semana de esta experiencia surrealista que técnicamente constituía una relación romántica, Stellan la llevó a una gala benéfica en el Teatro Real. No tenían invitación, naturalmente. Stellan consideraba que las invitaciones eran formalidades burguesas que limitaban el acceso del arte verdadero a los espacios que le correspondían por derecho divino.

Su estrategia consistió en hacer una entrada teatral espontánea en medio de los flashes fotográficos, saludando a las cámaras como si fueran viejos amigos que

habían estado esperando su llegada toda la noche, y comportándose con la naturalidad de alguien cuyo nombre debería estar en la lista VIP por ósmosis cultural.

Funcionó. Porque Estocolmo, como todas las ciudades culturalmente conscientes, tiene un respeto instintivo por la confianza artística desmedida, especialmente cuando viene acompañada de accesorios teatrales convincentes.

Durante la cena de gala, pidió al chef —su plato habitual— —que claramente no existía en el menú de ningún restaurante del planeta—, y cuando el camarero lo miró con perplejidad comprensible, Stellan suspiró dramáticamente y murmuró algo sobre —la decadencia del servicio personalizado en la era de la estandarización masiva—.

El momento cumbre de la velada llegó cuando un crítico de teatro reconocido se negó a reconocerlo como —el Stellan Sundberg—, momento en el cual nuestro protagonista fingió un desmayo por —la devastación existencial del anonimato no consensuado—.

El clímax de esta relación —porque con Stellan todo tenía que tener clímax; los desenlaces graduales eran demasiado prosaicos para su paleta emocional— llegó durante un brunch dominical en su apartamento.

Stellan apareció vestido de emperador romano —porque era domingo, y los domingos, según su lógica infalible, requerían toga—, cargando una bandeja de plata con mimosas caseras y una caja de terciopelo que contenía lo que parecía ser una alianza de oro. De oro falso, pero con presentación teatral auténtica.

—Mathilda, musa de mis desvelos creativos —comenzó, arrodillándose frente a ella con la solemnidad de quien está a punto de cambiar el curso de la historia mundial—, quiero ofrecerte el honor de convertirme en mi inspiración oficial. Hizo una pausa dramática, esperando música de fondo que solo él podía escuchar.

—No exclusiva, claro está, porque la inspiración verdadera no debe ser encadenada ni limitada por los convencionalismos monogámicos de la burguesía emocional. Pero sí permanente. ¡Serás la Helena que inspire mis mil Tragedias Modernas! ¡La Beatriz de mi Comedia Divina Personal! ¡La Laura de mis sonetos infinitos!

En ese momento, mientras Stellan esperaba su respuesta con la expectación de un actor aguardando la ovación después del soliloquio de Hamlet, Mathilda experimentó una claridad cristalina que cortó a través de toda la teatralidad, las lentejuelas, y el terciopelo. Ella no era su musa. Era su público. Y no había cobrado entrada para este espectáculo.

Lo miró. Larga y profundamente. Luego se levantó con la dignidad de una reina abdicando elegantemente, le acarició la mejilla con ternura genuina, y pronunció las palabras que marcarían el final de su período Leo:

—Stellan, mi querido dramaturgo de la vida cotidiana... Shakespeare tenía razón: el mundo es un escenario. Pero tú no necesitas una pareja romántica. Necesitas un público de tiempo completo, una audiencia que pague boletos, y críticos profesionales que escriban reseñas de tus actuaciones matutinas. Hizo su propia pausa teatral, porque después de un mes con Stellan, algo se había contagiado.

—Y yo, por más que aprecie el espectáculo, no cobro entrada por admirar. Ni tengo la resistencia emocional para aplaudir tres veces al día todos los días del resto de mi vida.

La despedida fue, predeciblemente, melodramática. Stellan se arrodilló en el suelo de su cocina real, vestido con una bata de terciopelo púrpura que había aparecido de algún armario secreto dedicado a vestimenta para crisis emocionales, recitando versos de Lorca sobre el amor perdido y la incompreensión del genio.

Crítica Constructiva, el gato, observaba la escena con la expresión aburrida de quien ha presenciado este tipo de performances antes, probablemente cada vez que Stellan se quedaba sin público nuevo.

Mathilda salió del apartamento caminando con la dignidad intacta mientras Stellan alcanzaba el crescendo de su lamentación poética, y Crítica Constructiva le bufaba por haber interrumpido lo que prometía ser el acto final más espectacular de la temporada.

De vuelta en su propio apartamento —benditamente libre de espejos estratégicamente colocados y túnicas colgadas como si fueran reliquias sagradas—Mathilda abrió su libreta de notas experimentales y escribió con letra especialmente grande, como si estuviera grabando una lección importante en piedra:

Leo: Carisma monumental capaz de iluminar ciudades enteras, presencia arrolladora que hace que los semáforos se pongan en verde por respeto, capacidad de entretenimiento tan desarrollada que podría animar un funeral y hacer que los dolientes pidan encore.

Riesgos colaterales: Egocentrismo de proporciones galácticas, teatralidad sin freno ni horario, necesidad compulsiva de aplausos que convierte cada conversación en audición, e incapacidad física de vivir sin ser el centro del universo al menos dieciocho horas al día.

Nota adicional: Los Leo no tienen relaciones románticas. Tienen audiencias domésticas con beneficios emocionales. Al cerrar su libreta, Mathilda se preguntó qué vendría después. ¿Algo más sencillo? ¿Más estructurado? ¿Más... manejable? ¿Alguien que pudiera pasar cinco minutos seguidos sin requerir validación externa?

Se sirvió una copa de vino normal, sin nombre pretencioso, se sentó en su sofá normal, sin iluminación teatral, y brindó silenciosamente por haber sobrevivido a su primer Leo sin sufrir daños permanentes en su capacidad de apreciar las conversaciones que no requerían programa de mano. Virgo estaba esperando a la vuelta de la esquina. Y traía hojas de cálculo, cronogramas de optimización emocional, y un plan quinquenal para mejorar la eficiencia de su vida amorosa. Porque después del caos brillante de Leo, el universo claramente había decidido que Mathilda necesitaba conocer el orden. El orden obsesivo, meticuloso, y ligeramente neurótico...Con Excel incluido.

Capítulo 6. Signo: Virgo La Virgen Perfeccionista

Después de sobrevivir al huracán de lentejuelas y terciopelo que fue Stellan Sundberg —una experiencia que había dejado a Mathilda con PTSD teatral y una

aversión permanente a los espejos estratégicamente colocados—, lo que su alma maltratada necesitaba no era más drama. Necesitaba lo opuesto del caos: necesitaba orden, predictibilidad, y si los dioses del amor en línea fueran benevolentes, alguien que pudiera pasar cinco minutos seguidos sin requerir validación externa o efectos especiales.

Fue así como el algoritmo de la aplicación de citas —que aparentemente tenía un doctorado en ironía cósmica— le presentó a Ingmar Petersson.

Su perfil era un oasis de sobriedad en el desierto de fotos filtradas hasta llegar a ser irreconocible que caracterizaba el paisaje romántico digital moderno. Cada imagen había sido tomada con iluminación natural, sin ángulos imposibles que desafiaban las leyes de la anatomía humana. Llevaba camisas blancas impecablemente planchadas, sonreía con la moderación de alguien que había calculado el porcentaje exacto de dientes que debía mostrar para transmitir confiabilidad sin parecer agresivamente optimista, y mantenía fondos neutros que no distraían la atención de lo esencial.

Su biografía era un haiku de eficiencia comunicacional: —Precisión. Transparencia. Compromiso con la excelencia.— No había emojis innecesarios, no había referencias a —aventuras— o —vivir la vida al máximo— —esas frases hechas que en el mundo de las citas habían perdido todo significado por abuso sistemático—, ni tampoco esa falsa modestia disfrazada que llevaba a hombres de treinta y tantos a describirse como —niños grandes que aún creen en la magia—.

Ingmar Petersson era contador público certificado, especializado en auditorías fiscales para empresas medianas. En otras palabras: un hombre cuya profesión requería encontrar errores en sistemas complejos y corregirlos metódicamente. Un hombre acostumbrado al orden, a que los números cuadraran, y a que cada problema tuviera una solución lógica si se aplicaba el método correcto.

Parecía exactamente lo que Mathilda necesitaba después de meses navegando un océano de perfiles donde hombres que claramente no habían leído un libro desde la preparatoria citaban a Neruda incorrectamente, y donde la definición de —cultura— se había reducido a poder identificar referencias de Netflix y distinguir entre tipos de craft beer.

Su primer mensaje llegó un martes a las 14:30, con la puntualidad de un reloj suizo y la estructura de un memo empresarial:

—Estimada Mathilda, después de revisar tu perfil (tres veces, para asegurar comprensión integral), me parece que podríamos establecer una conexión interpersonal significativa. Propongo un encuentro inicial el viernes a las 18:00 hs. Adjunto análisis comparativo de opciones de cafeterías en radio de 2 km de tu ubicación aproximada.—

Y efectivamente, había adjuntado un archivo. Un Excel. Con pestañas categorizadas y celdas coloreadas según un sistema de códigos que incluía una leyenda explicativa.

La hoja principal contenía quince establecimientos, cada uno evaluado en once criterios diferentes: —Nivel de ruido ambiente (medido en decibeles estimados) —, —Calidad del café (basada en promedio de reseñas en línea)—, —Probabilidad de encontrar estacionamiento (datos históricos cruzados con día de

la semana)—, —Tiempo promedio de espera—, —Variedad de opciones para intolerantes al gluten—, —Disponibilidad de enchufes para dispositivos electrónicos—, y una categoría particularmente específica: —Potencial de interrupciones por niños menores de 8 años—.

En la pestaña —Metodología— explicaba que había visitado personalmente cada establecimiento durante diferentes horarios para verificar la consistencia de sus observaciones, y que había consultado cuatro bases de datos distintas para confirmar los horarios de operación.

Era tan absurdamente meticuloso que Mathilda tuvo que leerlo dos veces para asegurarse de que no era sátira. Luego se rio durante cinco minutos seguidos. Luego respondió que sí, principalmente porque después de meses de recibir mensajes que consistían únicamente en —ey bb quieres chat—, recibir un Excel con análisis de cafeterías se sentía como ganar la lotería intelectual.

El viernes, Ingmar llegó al Café Stockholm —que había obtenido la puntuación más alta en su análisis multifactorial— exactamente siete minutos antes de la hora acordada. Llevaba una camisa blanca que parecía haber sido planchada por profesionales especializados en perfección textil, pantalones grises que formaban una línea perfecta desde la cintura hasta los zapatos, y un portafolios de cuero que contenía lo que Mathilda pronto descubriría era una —Agenda Propuesta para Encuentro Inicial #1—.

—Mathilda, supongo —le dijo, extendiéndole una mano que había sido lavada recientemente con jabón antibacterial de calidad superior—. Llegaste exactamente a tiempo. Aprecio la puntualidad. Denota respeto por el tiempo ajeno y capacidad de planificación personal.

Le entregó un folleto doblado en tres partes iguales, impreso en papel de calidad superior, con el título —Estructura Sugerida para Optimización de Experiencia Inicial—. Incluía horarios estimados para cada actividad: café y conversación introductoria (30 minutos), caminata por el parque adyacente (15 minutos), —período de observación mutua en ambiente natural— (10 minutos), y una sección final dedicada a —retroalimentación inicial y establecimiento de expectativas para futuros encuentros—.

—Me gusta optimizar las experiencias interpersonales desde el primer contacto —explicó con la seriedad de un científico presentando resultados de laboratorio—. De esta manera evitamos malentendidos emocionales, uso ineficiente del tiempo, y las decepciones que típicamente resultan de expectativas no alineadas.

Durante los primeros veinte minutos de conversación, mientras Mathilda intentaba procesar si esto era genuinamente su vida o si había ingresado accidentalmente a una dimensión paralela donde el romance había sido reemplazado por management consulting, Ingmar sacó una libreta de cuero y comenzó a hacer anotaciones discretas.

—¿Estoy siendo evaluada? —preguntó, entre fascinada y ligeramente alarmada.

—Nada invasivo ni comprometedor de tu privacidad —respondió, ajustando sus anteojos con un gesto que había perfeccionado para transmitir profesionalismo reasurante—. Simplemente categorías básicas de compatibilidad: patrones de lenguaje corporal, respuesta a estímulos humorísticos, nivel de apertura

emocional, respeto por los horarios establecidos, capacidad de mantener conversación estructurada.

—¿Y qué tal voy hasta ahora?

—Un 8.2 de 10, que considero una puntuación muy satisfactoria para un primer encuentro —respondió consultando sus notas—. Tu puntualidad fue ejemplar, mantienes contacto visual apropiado, y demuestras capacidad de escucha activa. Hubo un ligero retraso en tu respuesta a dos de mis intentos humorísticos, pero aprecio tu disposición a improvisar dentro de la estructura propuesta. Eso añade 0.3 puntos por flexibilidad adaptativa.

En ese momento, Mathilda experimentó una revelación que la golpeó con la fuerza de una epifanía cósmica: después de meses quejándose de hombres que no sabían lo que querían, que improvisaban sus vidas como si fueran jam sessions eternas, que prometían llamar y desaparecían en el éter digital, había encontrado el extremo opuesto del espectro. Un hombre tan organizado que había convertido el cortejo en un proceso de control de calidad industrial.

Y no sabía si sentirse aliviada o aterrorizada.

Conforme avanzaban las citas —porque por supuesto había más, cada una planificada con la meticulosidad de una operación militar—, Mathilda descubrió que Ingmar llevaba la perfección al nivel de arte conceptual. Cada restaurante era preseleccionado con semanas de antelación después de investigación exhaustiva que incluía análisis nutricional de los menús, evaluación del historial de inspecciones sanitarias, y verificación de que ninguno de los empleados hubiera publicado contenido problemático en redes sociales durante los últimos seis meses.

Le enviaba recordatorios para sus citas con 48 horas de anticipación, incluía mapas detallados con rutas alternativas en caso de tráfico imprevisto, y adjuntaba pronósticos climáticos con recomendaciones de vestimenta apropiada para cada escenario meteorológico posible.

Después de cada encuentro, le enviaba un resumen ejecutivo de —Fortalezas Observadas y Oportunidades de Mejora—, siempre redactado con el tono cordial pero profesional de un supervisor particularmente consciente de sus responsabilidades de desarrollo humano.

—Fecha: Sábado 15 de octubre. Actividad: Cena en Restaurante Volta. Duración: 2 horas, 23 minutos. Fortalezas: Excelente selección de vino (demostraste conocimiento práctico sin pretensión), conversación estimulante sobre literatura nórdica contemporánea, puntualidad impecable. Oportunidades: Podrías considerar reducir el uso de expresiones coloquiales durante discusiones culturales formales, y sería beneficioso evitar interrumpir cuando estoy explicando conceptos complejos. Próximos pasos: Actividad cultural propuesta para el jueves. Adjunto opciones preseleccionadas con análisis costo-beneficio.

—

Era como salir con un algoritmo que usaba colonia cara y había leído el manual completo de etiqueta social dos veces.

—¿Y cómo evalúas los besos? —le preguntó Mathilda durante su cuarta cita, medio bromeando, medio genuinamente curiosa sobre hasta dónde llegaba su obsesión sistematizante.

—Tengo una rúbrica desarrollada específicamente para intimidad física progresiva —respondió con la naturalidad de alguien discutiendo proyecciones fiscales trimestrales—. Pero prefiero esperar hasta el encuentro número cinco antes de implementarla. La intimidad física prematura puede comprometer la objetividad de la evaluación general de compatibilidad, e introducir variables emocionales que distorsionen el análisis de viabilidad a largo plazo.

En la quinta cita, Mathilda decidió darle el beso. En parte por curiosidad científica, por protocolo establecido, y porque después de un mes de anticipación estructurada, se sentía como un experimento que necesitaba conclusión empírica.

Fue... metódico.

No desagradable, pero ejecutado con la precisión de alguien que había estudiado manuales técnicos y practicado la secuencia óptima de movimientos hasta alcanzar eficiencia máxima. Duró exactamente 4.7 segundos —ella contó mentalmente—, incluyó presión labial graduada según estándares probablemente extraídos de estudios de comportamiento humano, y terminó con una retirada coordinada que sugería cronometraje interno.

Después del beso, Ingmar la miró directamente a los ojos y dijo:

—Gracias por tu participación en esta fase del proceso de evaluación mutua. Haré anotaciones privadas para preservar la confidencialidad de la experiencia, pero puedo adelantarte que los resultados preliminares son positivos.

Y efectivamente, sacó su libreta y comenzó a escribir notas que mantuvo cuidadosamente anguladas para que Mathilda no pudiera leer por encima de su hombro.

La ruptura llegó exactamente una semana después, llegó en forma de correo electrónico enviado un domingo a las 10:00 AM con el asunto: —Cierre de Proceso Relacional - Análisis Final y Recomendaciones—.

El mensaje incluía gráficos de barras que ilustraban su —trayectoria de compatibilidad a lo largo del tiempo—, un PDF de seis páginas con análisis detallado de fortalezas y debilidades observadas durante su —período de evaluación mutua—, y una sección de recomendaciones para —eventuales futuras relaciones que deseen evitar sobrecarga emocional temprana y establecer fundamentos sólidos para crecimiento interpersonal sostenible—.

Mathilda leyó el documento completo —porque después de un mes con Ingmar, había desarrollado un respeto involuntario por la documentación exhaustiva—, se sirvió una copa de vino, y respondió con un sticker de un gato riéndose histéricamente. Y nada más.

Esa noche, abrió su libreta de notas experimentales y escribió con letra especialmente grande, como si estuviera grabando advertencias para futuras generaciones de mujeres que pudieran encontrarse con especímenes similares:

Virgo: Orden arquitectónico, estabilidad estructural, planificación que haría llorar de envidia a un project manager de la NASA, higiene emocional admirable, capacidad de organización que podría resolver crisis internacionales.

Riesgos colaterales: Romanticismo cuantificado hasta el punto de convertir el amor en auditoría, espontaneidad reducida a cero absoluto, alta probabilidad de burnout afectivo por exceso de estructura, y la sospecha constante de que está

evaluando tu desempeño romántico contra una base de datos de comparación que incluye a todas sus ex novias categorizadas por eficiencia emocional.

Nota adicional: Los Virgo no tienen relaciones amorosas. Tienen proyectos de optimización interpersonal con componente físico opcional.

Al cerrar su libreta, mientras bebía vino sin planificarlo previamente y escuchaba música sin categorizarla por estado de ánimo requerido, Mathilda se hizo una promesa solemne: nunca más volvería a salir con alguien que usara las palabras —desviación estándar— en una conversación romántica, o que considerara que adjuntar un Excel era una forma apropiada de cortejo del siglo XXI.

El amor, reflexionó mientras contemplaba la ciudad a través de su ventana, necesitaba un poco de caos para respirar. Necesitaba imperfección, espontaneidad, y la hermosa incertidumbre de no saber exactamente qué iba a pasar después.

Y eso, ironías cósmicas mediante, era precisamente lo que estaba a punto de encontrar con el siguiente signo en su zodíaco experimental.

Libra estaba esperando a la vuelta de la esquina, armado con una capacidad de indecisión tan refinada que podría convertir la elección de desayuno en un dilema existencial de tres horas de duración.

Spoiler alert: el problema no sería la falta de caos. El problema sería que él jamás podría decidir si quería vivirlo o no.

Capítulo 7. Signo: Libra La Balanza del Amor

Después de la experiencia Ingmar —que había convertido el romance en una auditoría fiscal con componente físico opcional—, Mathilda necesitaba algo más orgánico. Menos hojas de Excel, más improvisación. Menos estructura, más flujo. En otras palabras: necesitaba exactamente lo opuesto a un hombre que categorizaba los besos según criterios de eficiencia operacional.

El algoritmo de la aplicación de citas, que aparentemente había desarrollado un sentido del humor particularmente retorcido, le presentó a Henrik Dahlström exactamente tres días después de que ella borrara de su teléfono el último análisis de desempeño romántico que Ingmar le había enviado.

Henrik era diplomático de carrera, especializado en lo que su perfil describía como —resolución pacífica de conflictos internacionales y promoción del diálogo intercultural—. En términos más pedestres: un hombre pagado por el gobierno sueco para hacer que dictadores psicópatas parecieran personas razonables durante cenas oficiales, y para sonreír diplomáticamente mientras discutía violaciones de derechos humanos con el mismo tono que usaría para comentar el clima.

Su primera foto lo mostraba en lo que claramente era un evento oficial —traje impecable, sonrisa de catálogo, copa de champán sostenida con la elegancia casual de alguien acostumbrado a que lo fotografíen en reuniones donde se decide el destino de naciones pequeñas—. Las siguientes imágenes documentaban su vida como un anuncio de revista masculina europea: Henrik en un viñedo toscano, contemplando uvas con expresión pensativa; Henrik en una galería de arte moderno, fingiendo entender por qué una instalación de

televisores rotos representaba —la fragmentación del alma contemporánea—; Henrik en una terraza parisina, leyendo Le Monde con la concentración de alguien que genuinamente se preocupa por la situación geopolítica del Sahel.

Su biografía era un poema de ambigüedad encantadora: —Creo en el poder del diálogo, la belleza del consenso, y en que cada perspectiva tiene su validez. Busco conexiones auténticas basadas en respeto mutuo y crecimiento compartido. ¿Quién sabe? Tal vez podamos escribir juntos una historia hermosa. —

Era exactamente el tipo de mensaje que en el mundo de las aplicaciones de citas funciona como kriptonita para mujeres que han pasado meses recibiendo propuestas que van desde —Netflix y relax— hasta —Hola bb, tienes WhatsApp? —. Un hombre que usaba oraciones completas, puntuación correcta, y que sugería la posibilidad de —escribir historias— en lugar de —echar un polvo rápido—.

Lo conoció en una inauguración en la Galería Diplomática de Arte Contemporáneo —un espacio financiado por tres embajadas diferentes para exhibir obras —que promuevan el diálogo intercultural y la comprensión mutua entre los pueblos—, donde Henrik circulaba entre diplomáticos, artistas conceptuales, y esa fauna particular de intelectuales europeos que pueden mantener conversaciones de dos horas sobre la —dimensión semiótica de la globalización— mientras consumen cantidades industriales de vino blanco y canapés de salmón.

—¿Sabías que un buen acuerdo internacional es como un primer beso? —le dijo, apareciendo junto a ella mientras Mathilda contemplaba una instalación que consistía en doscientos relojes desincronizados colgando del techo, supuestamente representando —la relatividad temporal en las relaciones interpersonales globalizadas—.

Henrik llevaba una copa de Sancerre en la mano izquierda, una expresión de interés genuino pero no desesperado, y esa mirada que parecía evaluar simultáneamente su vestido, su coeficiente intelectual, y sus probabilidades de ser la tipo de mujer que apreciaría referencias oblicuas a Baudrillard durante conversaciones románticas.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, ya sabiendo por experiencia que los hombres que comenzaban conversaciones con metáforas elaboradas tenían opiniones sobre todo y anécdotas preparadas para cualquier situación social.

—Debe ser sutil, calculado en su espontaneidad, y siempre con posibilidad de retirada elegante si alguna de las partes decide que las expectativas iniciales no se alinean con la realidad experiencial —respondió Henrik, con esa cadencia ligeramente hipnótica que caracteriza a las personas acostumbradas a hablar en conferencias internacionales—. La diplomacia, como la seducción, es el arte de hacer que todas las partes involucradas crean que están ganando, incluso cuando objetivamente es imposible que todos ganen simultáneamente.

Primer punto a favor de Henrik: sabía construir metáforas complejas sin sonar completamente pretencioso. Segundo punto: usaba mocasines de cuero italiano sin calcetines y lograba que se viera sofisticado en lugar de afectado. Tercer punto: olía a cedro y bergamota, pero del tipo que sugería que sus perfumes los

compraba en boutiques parisinas donde los vendedores te hacen sentir especial por permitirte gastar €200 en agua perfumada.

—¿Y cómo sabes cuándo un acuerdo internacional va a funcionar? —preguntó Mathilda, entrando en el juego.

—Por la calidad del silencio que se genera después de que todas las partes han presentado sus posiciones iniciales —respondió Henrik, tomando un sorbo de vino con la precisión de alguien que había perfeccionado el arte de beber elegantemente mientras mantiene conversaciones importantes—. Si es un silencio tenso, el acuerdo está condenado al fracaso. Si es un silencio contemplativo, hay esperanza. Pero si es un silencio cómplice... ahí es cuando sabes que algo realmente interesante está a punto de comenzar.

Y efectivamente, entre ellos se generó exactamente ese tipo de silencio. El tipo de pausa conversacional que en las películas románticas francesas dura exactamente el tiempo necesario para que la cámara capture las miradas significativas y la tensión sexual no verbalizada.

La primera cita fue un ejercicio de perfección orquestada. Henrik la llevó a un restaurante que había sido recomendado por el embajador cultural de Dinamarca, donde el menú estaba diseñado por un chef que había estudiado la —intersección entre gastronomía nórdica y filosofía existencial—. Cada plato venía acompañado de una explicación que sonaba como análisis literario: —El salmón representa la nostalgia por los orígenes, servido sobre un lecho de algas que simbolizan la adaptabilidad ante las corrientes cambiantes de la existencia contemporánea.—

Henrik pidió vino con la confianza de alguien que genuinamente sabía distinguir entre una cosecha del '78 y una del '82, mantuvo conversación estimulante sobre temas que iban desde la influencia de Bergman en el cine contemporáneo hasta las implicaciones geopolíticas del cambio climático en el Ártico, y cuando llegó el momento de dividir la cuenta, lo hizo con esa elegancia diplomática que convertía una transacción comercial en un gesto de cortesía mutua.

—Ha sido una velada extraordinaria —le dijo mientras esperaban el taxi de ella—. Espero que podamos repetir la experiencia pronto, aunque por supuesto, entiendo perfectamente si prefieres tomarte tu tiempo para procesar lo que hemos compartido esta noche.

La besó en la mejilla con la precisión de alguien acostumbrado a saludar a esposas de presidentes sin crear incidentes diplomáticos, y se despidió con una sonrisa que sugería tanto interés genuino como respeto absoluto por su autonomía emocional.

La segunda cita fue igualmente encantadora. Henrik la llevó a un concierto de música de cámara en el Palacio Real, donde su conocimiento sobre compositores barrocos rivalizaba con su capacidad para hacer que Mathilda se sintiera como la mujer más inteligente e interesante del auditorio. Durante el intermedio, le explicó las sutilezas técnicas de una fuga de Bach con la misma pasión contenida que otros hombres reservaban para explicar las estadísticas de fútbol.

La tercera cita mantuvo el mismo nivel de refinamiento cultural: una exposición de fotografía contemporánea escandinava, seguida de cena en un lugar donde

el menú estaba escrito en tres idiomas y los precios sugerían que comer allí era más una declaración de principios que una simple necesidad nutricional.

Pero fue durante la cuarta cita cuando Mathilda comenzó a notar el patrón.

—¿Qué te gustaría hacer este fin de semana? —le preguntó, mientras compartían un postre que había requerido la intervención de dos chefs y un sommelier especializado en postres para ser servido correctamente.

—¿Y tú qué querías hacer? —respondió Henrik, con esa sonrisa diplomática que había perfeccionado para situaciones donde ninguna de las partes involucradas podía permitirse el lujo de parecer demasiado interesada en imponer sus preferencias.

—Te pregunté primero —insistió Mathilda, comenzando a sentir una extraña familiaridad con esta dinámica.

—Pero me parece importante conocer tus preferencias antes de sugerir opciones que podrían no alinearse con tus expectativas —replicó Henrik, inclinándose ligeramente hacia adelante con esa postura que sugería tanto atención genuina como evasión elegante.

—Henrik, literalmente cualquier cosa. Podemos ver una película, ir al parque, quedarnos en casa viendo Netflix...

—¿Cuál de esas opciones te resulta más atractiva?

—Cualquiera que tú prefieras.

—No quiero imponer mis gustos. Me parece más importante que ambos nos sintamos cómodos con la decisión.

—Entonces elige tú, y yo te digo si me parece bien.

—Pero eso me pondría en la posición de tomar una decisión unilateral que podría comprometer tu satisfacción con la actividad elegida.

Así comenzó un bucle de cortesía que rápidamente se convirtió en una especie de cárcel existencial construida con buenas intenciones y refinamiento cultural. Podían pasar cuarenta y cinco minutos debatiendo entre ver *El Padrino* y una comedia romántica turca sin llegar a ninguna conclusión definitiva. Una noche memorable, después de una hora y veinte minutos de indecisión cortés sobre si pedir comida tailandesa o italiana, terminaron cenando pan tostado con mermelada porque era lo único que no requería consenso previo para ser consumido.

Y luego estaba su habilidad sobrenatural para evitar conflictos con una gracia que rozaba el escapismo espiritual elevado a forma de arte. Cuando Mathilda, después de dos meses de —escribir una historia hermosa— sin saber exactamente qué tipo de historia estaban escribiendo, decidió abordar el tema de la exclusividad romántica, Henrik asintió con una sonrisa melancólica que sugería tanto comprensión profunda como evasión elegante.

—Me parece una conversación que definitivamente debemos tener —dijo, ajustando su postura en esa forma particular que los diplomáticos usan cuando están a punto de decir algo sin decir nada—. Aunque también creo que hay una belleza particular en las ambigüedades bien cultivadas.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Mathilda, comenzando a sentir esa frustración específica que surge cuando intentas agarrar agua con las manos.

—Que... bueno, la incertidumbre también tiene su poética propia, ¿no te parece? Hay algo hermoso en no definir completamente lo que estamos viviendo, en permitir que evolucione de manera orgánica sin las limitaciones que imponen las etiquetas convencionales.

Mathilda se quedó mirándolo durante varios segundos, preguntándose si estaba saliendo con un hombre o con una reseña literaria de El Principito escrita por alguien que había tomado demasiados cursos de filosofía continental.

—Henrik, necesito saber si quieres tener una relación exclusiva conmigo o no.

—Siento una atracción profunda y genuina hacia ti —respondió él, con esa cadencia ligeramente hipnótica que usaba para todos los temas complicados—, pero también hacia la idea de no limitar lo que estamos viviendo con categorías que podrían sofocar su evolución natural. Aunque, por supuesto, no descarto en absoluto una progresión hacia algo más definido si eso se da de manera orgánica y mutuamente satisfactoria.

—¿Entonces... sí o no?

—Creo que... tal vez.

Fue en ese momento cuando Mathilda comprendió que, con Henrik, incluso un —tal vez— podía convertirse en una condición permanente de existencia. Era como vivir en un estado perpetuo de negociación diplomática donde todas las partes involucradas eran demasiado educadas para admitir que no había manera de que todos salieran ganando.

Un sábado particularmente memorable, Henrik la llevó a una boutique de ropa masculina europea para —explorar opciones estéticas— y terminó pasando dos horas y cuarenta minutos debatiendo internamente si una bufanda de cachemira color borgoña lo representaba emocionalmente de manera auténtica o si estaba proyectando una imagen que no correspondía con su yo interior más verdadero.

No compró la bufanda. Pero siguió mencionándola en conversaciones con sus amigos durante las siguientes tres semanas, como si fuera un amor perdido que requería elaboración psicológica.

—¿No sientes que a veces piensas demasiado las cosas? —le preguntó Mathilda durante una de esas conversaciones telefónicas nocturnas que se habían vuelto ejercicios de análisis conjunto de decisiones cotidianas.

—Creo que la reflexión cuidadosa es preferible a la impulsividad irreflexiva —respondió Henrik con esa seriedad particular que reservaba para temas que consideraba filosóficamente importantes—. Aunque reconozco que existe el riesgo de la parálisis por análisis excesivo.

—¿Y cómo sabes cuándo estás cruzando esa línea?

—Bueno... esa es precisamente la pregunta que me he estado haciendo últimamente.

La ruptura, cuando finalmente llegó, fue tan elegante y diplomáticamente correcta como todo lo demás en Henrik. Se encontraron en la misma cafetería

donde habían tenido su primera conversación seria sobre —definir lo que estaban viviendo—. Él llevó flores —un ramo pequeño pero cuidadosamente seleccionado de peonías blancas que, según le explicó, simbolizaban —respeto mutuo y transiciones elegantes—. Ella llevó una paciencia cultivada durante tres meses de indecisión refinada.

—Creo que he llegado a la conclusión de que no estoy lista para no saber qué somos —dijo Mathilda, con la mejor sonrisa posible y un alivio que no intentó disimular completamente—. Necesito un poco más de... definición en mi vida.

Henrik asintió con esa comprensión profunda y ligeramente melancólica que había perfeccionado para situaciones donde todas las partes involucradas sabían que algo estaba terminando pero nadie quería admitir que tal vez había sido una pérdida de tiempo mutua.

—Lo entiendo perfectamente, y respeto profundamente tu necesidad de claridad —dijo, tomando su mano con la gentileza de alguien despidiéndose de un acuerdo comercial que no había funcionado pero que había sido conducido con profesionalismo impecable—. Tal vez algún día, cuando nuestras respectivas incertidumbres se alineen de manera más compatible, podamos retomar esta conversación.

—O tal vez no —respondió Mathilda, disfrutando por primera vez en meses de la sensación de tomar una decisión unilateral y definitiva.

Esa noche, mientras abría su libreta de observaciones experimentales y se servía una copa de vino sin consultar previamente si era el maridaje apropiado para su estado emocional, escribió con letra especialmente clara:

Libra: Estilo impecable, conversación encantadora, habilidades diplomáticas de nivel ONU, refinamiento cultural que podría impresionar a embajadores europeos, y la capacidad de hacer que cualquier mujer se sienta como la protagonista de una película francesa.

Riesgos colaterales: Indecisión crónica elevada a forma de arte, romanticismo tan gaseoso que podría ser embotellado y vendido como perfume conceptual, falta absoluta de definiciones incluso para temas tan básicos como el postre, y la sospecha constante de que está evaluando todas las conversaciones como si fueran negociaciones internacionales donde nadie puede permitirse el lujo de parecer demasiado interesado.

Nota adicional: Los Libra no tienen relaciones amorosas. Tienen procesos de consulta permanente con componente romántico opcional y posibilidad de renovación sujeta a evaluación mutua cada seis meses.

Mientras cerraba la libreta y salía de la cafetería con paso firme y sin mirar atrás —un lujo que no había podido permitirse durante tres meses de —evolución orgánica—, Mathilda pensó que tal vez ya era hora de encontrar un poco de pasión real. Una mirada que ardiera sin necesidad de análisis previo. Una frase directa sin rodeos diplomáticos. Un hombre que supiera lo que quería y no tuviera miedo de admitirlo.

Spoiler alert: Lo que venía no era simplemente pasión. Era incendio controlado por un pirómano emocional con doctorado en manipulación psicológica.

Y el Escorpio la esperaba en la siguiente esquina del zodiaco, afilando los colmillos y preparando el veneno.

Capítulo 8. Signo: Escorpio

El Escorpión Ardiente

Después del vals indeciso que fue Henrik el Libra —una experiencia romántica equivalente a intentar abrazar una nube muy educada—, Mathilda necesitaba intensidad. No la intensidad de preguntarse durante tres horas si ordenar vino blanco o tinto era una declaración filosófica, sino la intensidad primitiva, visceral, del tipo que hace que las novelas rusas sean best-seller y que las telenovelas mexicanas tengan rating superior al mundial de fútbol.

Quería un hombre que no necesitara cuarenta minutos para decidir si un beso era apropiado según el protocolo de Ginebra. Quería alguien que la mirara como si fuera un problema matemático complejo que solo él pudiera resolver, preferiblemente sin ropa y con música dramática de fondo.

En términos más específicos: necesitaba un Escorpio.

Es un hecho universalmente reconocido que cuando una mujer sale de una relación con un Libra, el universo conspira para presentarle inmediatamente a un Escorpio. Es como si existiera un departamento cósmico de recursos humanos especialmente diseñado para mantener el equilibrio emocional global mediante la aplicación estratégica de traumas románticos complementarios.

Lo encontró en Nocturna, un bar gótico donde el concepto decorativo parecía ser —vampiro millennials con presupuesto limitado—. Las paredes estaban pintadas de negro mate, las mesas eran de madera oscura con velas deritiéndose de manera artísticamente descuidada, y el menú incluía tragos con nombres como —Sangre de Venus—, —Susurros de Absenta— y —Lágrimas de Morgana— —todos servidos en copas que sugerían que beber allí era más un ritual ocultista que una actividad social básica.

El DJ, un hombre pálido con más piercings que un colador industrial, había aparentemente firmado un pacto de exclusividad con Joy Division, The Cure, y esa música electrónica que suena como si fuera la banda sonora de pesadillas elegantes.

Mathilda había llegado ahí por pura rebeldía contra su propia sensatez. Después de meses de restaurantes con menús en tres idiomas y conversaciones sobre —la semiótica de la globalización—, necesitaba un lugar donde nadie fingiera entender arte conceptual y donde pedir un trago no requiriera consulta previa con un sommelier especializado en filosofía existencial.

Y allí estaba él.

Björn Eriksson ocupaba una mesa en la esquina más oscura del bar con la naturalidad de alguien que había nacido en las sombras y había decidido quedarse allí por elección estética. Alto, vestido completamente de negro —no del negro funcional de la gente normal, sino del negro intencional de quienes han leído a Baudelaire en idioma original y consideran que la melancolía es un estilo de vida—, con tatuajes que asomaban bajo las mangas de su camisa como secretos parcialmente revelados.

Tenía una cicatriz pequeña pero estratégicamente visible en la ceja izquierda. El tipo de marca que podría haber sido resultado de una pelea honorable, un accidente dramático, o —más probablemente— una decisión estética tomada durante una crisis existencial particularmente productiva.

Sus ojos eran de ese color indefinido entre gris y verde que en las novelas románticas se describe como —tormentosos— y en la vida real generalmente indica que alguien usa lentes de contacto de colores, aunque en este caso parecían auténticamente problemáticos.

Mathilda se acercó a la barra y pidió algo llamado —Corazón Sangrante— —un cóctel que según la descripción contenía ron negro, granadina, y —el eco de promesas rotas—. El bartender, un hombre con barba de lumberjack gótico, se lo sirvió mientras asentía con solemnidad, como si hubiera comprendido perfectamente por qué una mujer necesitaría beber metáforas líquidas un martes por la noche.

Fue entonces cuando sintió la mirada.

No la mirada casual del hombre promedio que ve a una mujer atractiva en un bar y piensa —tal vez debería ofrecerle un trago—. Tampoco la mirada evaluativa del conquistador profesional calculando probabilidades de éxito. Esta era la mirada del depredador que ha identificado exactamente lo que busca y ya está decidiendo cuál será su estrategia de aproximación.

Mathilda se volteó y sus ojos se encontraron con los de Björn a través del humo artificial que la máquina del bar generaba para crear —ambiente místico—. Él levantó su copa —algo oscuro que parecía haber sido preparado por brujas especializadas en alcoholismo gótico— en un saludo silencioso que era parte invitación, parte desafío, parte amenaza.

Ella se acercó. Porque después de tres meses de cortesía diplomática, una amenaza romántica sonaba refrescantemente honesta.

—¿Vienes aquí seguido? —preguntó, utilizando conscientemente la frase más cliché del repertorio de ligues, porque algo le decía que Björn no era el tipo de hombre que apreciaba la originalidad conversacional sutil.

—Solo cuando necesito recordar por qué el mundo es un lugar hermoso y terrible —respondió él, sin sonreír, como si la palabra —broma— fuera personalmente ofensiva para su visión del universo.

Primera señal de alarma: hablaba como si fuera el protagonista de una novela francesa traducida por alguien que había tomado demasiados cursos de filosofía continental.

Segunda señal de alarma: le parecía atractivo.

—¿Y qué te recuerda específicamente la belleza terrible del mundo? —preguntó Mathilda, decidiendo seguir el juego porque, después de Henrik, una conversación que al menos intentaba tener contenido emocional se sentía como oxígeno puro.

—La forma en que las mujeres inteligentes vienen a lugares como este buscando exactamente lo que dicen que no quieren —respondió Björn, tomando un sorbo de su bebida sin apartar los ojos de ella—. Y la forma en que yo siempre estoy aquí esperando a darles exactamente eso.

Tercer escalofrío. De los que no sabes si son buenos o malos hasta que es demasiado tarde.

—¿Y qué crees que estoy buscando? —preguntó ella, sabiendo que estaba entrando en territorio peligroso pero sintiendo esa atracción fatal hacia el

desastre que caracteriza a las mujeres inteligentes cuando han pasado demasiado tiempo con hombres demasiado sensatos.

—Intensidad —respondió él, como si hubiera estado estudiando su caso durante semanas—. Quieres sentir algo que no puedas controlar. Algo que te recuerde que estar viva es más complicado que tener todo en orden.

Cuarta señal de alarma: estaba completamente correcto.

Quinta señal de alarma: eso la excitaba más de lo que debería.

La conversación que siguió fue magnética en el sentido más literal de la palabra. Como si ambos fueran imanes opuestos irresistiblemente atraídos hacia una colisión que prometía ser tanto espectacular como destructiva. Hablaron de la muerte con la casualidad de quien discute el clima. Del deseo como si fuera una fuerza física mensurable. De la traición no como excepción moral sino como inevitabilidad humana.

Björn no usaba emojis en sus mensajes. No evadía temas incómodos con humor ligero. No preguntaba por su día como si fuera un ítem más de una lista de cortesías sociales obligatorias. En cambio, hacía preguntas que requerían respuestas reales: ¿Qué es lo que más la asustaba de sí misma? ¿Cuándo había mentido por última vez y por qué? ¿Creía en el amor o solo en la necesidad de no estar sola?

En la primera hora ya habían cubierto territorio emocional que con Henrik habría requerido seis meses de —evolución orgánica de la intimidad comunicacional—.

—¿Sabías que mi ex me dejó por ser demasiado honesto? —le dijo, después de que ella le contara sobre su experimento zodiacal.

—¿Y qué tan honesto eres? —preguntó Mathilda, genuinamente intrigada por primera vez en meses.

Björn se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos hasta que pudo oler su perfume —algo que olía a cedro, cuero, y decisiones cuestionables—, y respondió con una voz que era parte confesión, parte amenaza:

—Sé cuándo una persona quiere coger pero aún no lo admite. Sé cuándo alguien miente sobre estar bien. Y sé que tú has estado fingiendo estar satisfecha con hombres que te tratan como si fueras una ecuación que pueden resolver con suficiente cortesía y buenas intenciones.

El silencio que siguió no fue del tipo contemplativo que Henrik habría analizado durante cuarenta minutos. Fue del tipo que precede a decisiones irrevocables.

—¿Y qué más sabes? —preguntó ella, con una voz que sonaba peligrosamente cercana a la rendición.

—Sé que vas a venir a mi departamento esta noche —respondió él, con la certeza de alguien que había convertido la seducción en una ciencia exacta—. Y sé que mañana te vas a despertar preguntándote si fue la mejor o la peor decisión que has tomado en meses.

Sexta señal de alarma: tenía razón.

El departamento de Björn era exactamente lo que una esperaría del refugio personal de un Escorpio con tendencias góticas y presupuesto de adulto funcional: paredes negras, muebles de cuero oscuro, bibliotecas llenas de libros que parecían haber sido seleccionados más por su capacidad de impresionar

que por ser realmente leídos, y una iluminación tan dramáticamente tenue que sugería que las bombillas normales eran demasiado vulgares para su estética existencial.

Tenía velas. Muchas velas. Velas negras, velas rojas, velas que olían a —pecado original— y —lamentaciones nocturnas—. El incienso que quemaba tenía un aroma que solo podía describirse como —duda existencial con notas de pachulí—.

La playlist que sonaba de fondo comenzaba con Depeche Mode, continuaba con Nine Inch Nails, y terminaba con sonidos que Mathilda esperaba fervientemente que fueran efectos sonoros y no grabaciones caseras de experiencias románticas anteriores.

Lo que siguió fue el tipo de noche que hace que una mujer se cuestione si realmente necesita dormir ocho horas para ser funcional, o si tal vez ha estado desperdiciando demasiado tiempo en actividades que no involucran gemidos, sudor, y la sensación de que la ropa es fundamentalmente innecesaria.

Björn era intenso en todos los sentidos de la palabra. No solo físicamente —aunque definitivamente también físicamente—, sino emocionalmente, intelectualmente, espiritualmente. Hacía el amor como si fuera una forma de comunicación que requería total concentración y compromiso absoluto. Como si cada beso fuera una pregunta importante y cada caricia fuera una respuesta que merecía atención completa.

Fue, sin exagerar, el mejor sexo que Mathilda había tenido desde que comenzó su experimento zodiacal. Posiblemente el mejor sexo que había tenido desde que cumplió los treinta y decidió que merecía algo mejor que hombres que consideraban el foreplay como un trámite opcional.

Pero luego vinieron los mensajes.

Muchos mensajes. Todo el tiempo. Empezando aproximadamente dos horas después de que ella regresara a su casa.

—¿Llegaste bien?—

—¿En qué piensas?—

—Mándame una foto.—

—¿Estás pensando en mí o solo en tu experimento?—

Mathilda inicialmente pensó que era dulce. Un hombre que se preocupaba por su bienestar después de una noche íntima. Qué refrescante después de meses de cortesía emocional calculada.

Pero luego llegó el mensaje de las tres de la mañana:

—Te soñé. Habías desaparecido. Me desperté con el corazón latiendo como si me hubieran apuñalado. ¿Por qué no me contestas inmediatamente?—

Y el de las cuatro:

—¿Estás con alguien más?—

Y el de las cinco:

—Sé que estás despierta. Vi que estuviste en línea hace diez minutos.—

—Es un poco intenso —le respondió ella a la mañana siguiente, intentando aplicar diplomacia a una situación que claramente requería intervención psicológica profesional.

—El amor sin intensidad es un acuerdo de hipocresía burguesa—, respondió él inmediatamente, como si hubiera estado esperando junto al teléfono durante horas para poder enviar esa respuesta específica.

Séptima señal de alarma: aparentemente consideraba que los mensajes obsesivos a las cinco de la mañana eran una forma de honestidad romántica.

Octava señal de alarma: parte de ella encontraba emocionante ser el objeto de tanta atención concentrada.

Novena señal de alarma: estaba empezando a perder la capacidad de distinguir entre pasión saludable y comportamiento que requería una orden de restricción.

Pronto descubrió que Björn había desarrollado un sistema de monitoreo digital que habría impresionado a los servicios de inteligencia nacionales. Revisaba sus historias de Instagram a los dos segundos de ser publicadas. Comentaba con emojis crípticos que requerían interpretación especializada. Le enviaba capturas de pantalla de conversaciones que habían tenido semanas atrás, con análisis detallados de lo que —realmente— había querido decir cuando usó ciertos adjetivos.

Y luego estaba el poema.

Un día, Mathilda abrió su correo electrónico y encontró un archivo adjunto titulado —Lo que no dices mientras finges dormir—. Era un poema de diecisiete páginas donde Björn analizaba cada respiración, cada movimiento nocturno, cada suspiro inconsciente que ella había hecho durante las noches que habían pasado juntos.

Incluía versos como: —Tu pulso a las 3:47 AM revela secretos que tu consciencia se niega a confesar— y —En el temblor imperceptible de tu párpado izquierdo leo la novela completa de tus miedos no verbalizados—.

Era, objetivamente, el trabajo de alguien que había confundido la intimidad con la vigilancia y que había decidido que el amor verdadero requería monitoreo constante de las funciones corporales involuntarias de su pareja.

También era, subjetivamente, bastante bien escrito. Lo cual era casi más perturbador que si hubiera sido completamente terrible.

La situación escaló definitivamente el día que Björn apareció en la salida de su trabajo con una rosa negra (porque las rojas eran —demasiado convencionales para expresar la complejidad de sus sentimientos—) y una pregunta que sonaba más a interrogatorio policial que a conversación romántica:

—¿Quién es ese tal Erik que le dio like a tu foto de ayer?

Mathilda se quedó mirándolo durante varios segundos, preguntándose cómo había llegado al punto en su vida donde tenía que justificar las interacciones digitales casuales como si fueran evidencia de infidelidad emocional.

—Es un florista —mintió, porque la verdad —que Erik era un ex compañero de universidad que ocasionalmente interactuaba con su contenido de redes sociales sin implicaciones románticas de ningún tipo— parecía demasiado

compleja para ser procesada por alguien que aparentemente consideraba que un —me gusta— en Instagram era equivalente a una declaración de matrimonio. —¿Y por qué un florista necesita darle like a tu foto? —insistió Björn, con el tono de detective privado especializado en casos de infidelidad virtual.

—Porque... le gustan las flores que aparecen en el fondo? —respondió ella, empezando a sentir esa fatiga particular que surge cuando intentas aplicar lógica a situaciones que han trascendido completamente el reino de la racionalidad.

—No hay flores en esa foto. Es una selfie tuya en el espejo.

Décima señal de alarma: había memorizado el contenido específico de sus publicaciones con un nivel de detalle que sugería que había dedicado tiempo considerable a analizar cada elemento visual.

Onceava señal de alarma: tenía razón. No había flores en esa foto.

Doceava señal de alarma: ella ya no recordaba qué había en la foto, pero él sí.

La gota que derramó el vaso llegó cuando Björn de alguna manera obtuvo acceso a su cuenta de Spotify —ella nunca quiso preguntar si había sido mediante hackeo, adivinación de contraseñas, o algún tipo de ritual ocultista especializado en violación de privacidad digital— y editó su playlist favorita.

Eliminó todo lo que sonara remotamente alegre y la reemplazó con una colección cuidadosamente curada de baladas dolorosas, música clásica dramática, y una grabación de él mismo leyendo fragmentos de —Crimen y Castigo— con voz particularmente melancólica.

Cuando ella abrió Spotify esperando escuchar su compilación habitual de pop latino y música alegre para hacer ejercicio, se encontró con tres horas de lamentaciones existenciales narradas por la voz de su novio recitando a Dostoyevski como si fuera poesía erótica.

Fue en ese momento cuando Mathilda comprendió que había cruzado la delgada línea que separa —romance intenso— de —necesito cambiar las cerraduras y considerar un cambio de residencia—.

La ruptura requirió planificación estratégica. Mathilda eligió una plaza pública, de día, con cámaras de seguridad visibles y suficientes testigos como para desalentar cualquier comportamiento dramático que pudiera requerir intervención policial.

—Necesitamos hablar —le dijo, después de que él llegara puntualmente con otra rosa negra y una expresión que sugería que ya sabía exactamente lo que ella iba a decir.

—Sé por qué estamos aquí —respondió Björn, sentándose en la banca con esa compostura trágica que había perfeccionado para momentos de crisis emocional—. Has decidido que soy demasiado para ti.

—No eres demasiado —respondió Mathilda, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Eres... específico. Muy específico. Y yo soy más... general.

—Puedo cambiar —dijo él, con una intensidad que hacía que la frase sonara más como amenaza que como promesa.

—No quiero que cambies. Quiero que seas feliz con alguien que aprecie tu... especificidad —respondió ella, intentando terminar la relación con la dignidad que él merecía, a pesar de todo.

Björn asintió lentamente, como si hubiera estado esperando este momento desde el principio y hubiera dedicado tiempo considerable a preparar su respuesta.

—Lo sabía —dijo, con una sonrisa que era parte tristeza, parte alivio, parte satisfacción de haber predicho correctamente el desenlace—. Esta separación también me pertenece. Ya la había vivido en mis sueños.

Se levantó, la besó en la frente con una intensidad que logró ser tanto tierna como ligeramente amenazante, y se alejó caminando con esa elegancia melancólica que caracteriza a los hombres que han convertido el sufrimiento romántico en una forma de arte performático.

Tres horas después, Mathilda recibió el último mensaje:

—En mi próximo tatuaje, tu nombre irá en tinta invisible. Como tú: presente en mi piel pero visible solo para quienes saben cómo mirar. Gracias por enseñarme que el amor verdadero incluye saber cuándo alejarse. Serás la mujer más hermosa que nunca tuve completamente.—

Mathilda bloqueó su número, eliminó sus redes sociales de todas sus plataformas, y consideró seriamente la posibilidad de mudar su cuenta de Spotify a un servicio diferente.

Esa noche, mientras se sumergía en un baño de burbujas que olía a lavanda normal —no a —lamentaciones existenciales con notas de pachulí—, escribió en su libreta con letra especialmente clara:

Escorpio: Magnetismo fatal, pasión incendiaria, intensidad emocional que puede derretir acero, habilidades sexuales que deberían venir con advertencia médica, y profundidad psicológica suficiente para impresionar a terapeutas profesionales.

Riesgos colaterales: Celos clínicos disfrazados de sensibilidad artística, comportamiento obsesivo racionalizado como —honestidad romántica—, tendencia a convertir cada interacción casual en análisis psicológico profundo, y la habilidad sobrenatural de hacer que el control y la vigilancia parezcan formas sofisticadas de amor.

Nota adicional: Los Escorpio no tienen relaciones amorosas normales. Tienen experiencias transformadoras con potencial de requerir terapia posterior. Aproximarse solo si se está preparada para que el amor se sienta como una investigación criminal conducida por alguien que genuinamente se preocupa por tu bienestar pero que también ha leído demasiados libros sobre psicoanálisis.

Consejo para futuras víctimas: El buen sexo no compensa el mal comportamiento. Aunque definitivamente lo hace más difícil de identificar inmediatamente.

Mientras cerraba la libreta y consideraba seriamente la posibilidad de tomarle un descanso al universo de las aplicaciones de citas, Mathilda pensó que tal vez lo que necesitaba ahora era exactamente lo opuesto de la intensidad escorpiana.

Quería aventura sin drama. Exploración sin análisis psicológico. Un hombre que supiera divertirse sin convertir cada momento en una oportunidad para el crecimiento espiritual forzado.

Necesitaba aire fresco, optimismo, y alguien que considerara que viajar era mejor que analizar.

El siguiente signo venía con mochila, cuerda para escalar, y una invitación a acampar en lugares donde no había señal de internet para enviar mensajes obsesivos.

Bienvenido, Sagitario.

Capítulo 9. Signo: Sagitario El Centauro Aventurero

Después del drama psicológico de Björn el Escorpio —que había convertido cada mensaje de texto en una sesión de psicoanálisis no solicitada y cada silencio en una oportunidad para citar a Freud—, Mathilda llegó a una conclusión tan clara como dolorosa: necesitaba huir. No del tipo de huida metafórica que recomiendan los libros de autoayuda escritos por divorciadas millonarias, sino huida literal. Física. Del tipo que requiere pasaporte, vacunas actualizadas, y la clase de distancia geográfica que hace imposible recibir rosas negras por entrega.

Era un hecho universalmente reconocido que cuando una mujer emerge de una relación con un Escorpio, el universo le ofrece dos opciones: terapia intensiva o aventura extrema. Mathilda, siendo una mujer práctica que había gastado suficiente dinero en psicólogos durante sus veintes, eligió la segunda opción con el entusiasmo de alguien que prefiere enfrentar osos reales que sus propios problemas emocionales.

Fue así como terminó inscrita en una excursión de senderismo en el Parque Nacional Abisko, en la Laponia sueca, rodeada de entusiastas de la naturaleza que usaban ropa técnica con más tecnología que una estación espacial y que hablaban de —reconectarse con lo esencial— mientras revisaban obsesivamente sus relojes inteligentes para monitorear cada latido del corazón.

El grupo estaba compuesto por el tipo de personas que Instagram había convencido de que la aventura auténtica requería documentación fotográfica profesional: una pareja de alemanes que había traído más equipo fotográfico que National Geographic para filmar un documental sobre —nuestro viaje de reconexión—; tres influencers escandinavos especializados en contenido de —vida salvaje— que se habían maquillado específicamente para parecer naturalmente despeinados; y dos estadounidenses que no paraban de explicar cómo esta experiencia se relacionaba con sus respectivos podcasts sobre mindfulness y emprendimiento espiritual.

Y luego estaba Lars.

El guía oficial del grupo era técnicamente una mujer sueca de cincuenta años llamada Astrid, quien tenía la complexión de un vikingo retirado y hablaba con la autoridad de alguien que había sobrevivido a inviernos que podían matar turistas desprevenidos. Pero Lars era el —asistente de guía especializado en experiencias transformadoras—, un título que él mismo había inventado y que aparentemente le otorgaba licencia para filosofar sobre la vida mientras

caminaban por senderos que requerían concentración para no morir de hipotermia.

—Bienvenidos al fin del mundo conocido —anunció Lars al grupo, con una sonrisa tan perfectamente blanca que podría haber servido como reflector de emergencia—. Hoy vamos a caminar veinte kilómetros por terreno que nuestros ancestros habrían considerado territorio de dioses menores. No tendremos acceso a baños, WiFi, o cualquier cosa que los civilice, pero tendremos acceso directo a verdades internas que la sociedad moderna se ha empeñado en esconder bajo capas de conveniencia burguesa.

Era Sagitario. Confirmado en los primeros treinta segundos.

Lars tenía la energía inagotable de un adolescente con acceso ilimitado a bebidas energéticas y la filosofía de vida de alguien que había leído demasiados libros sobre espiritualidad mientras acampaba solo durante meses. Era alto —del tipo de altura que hace que las mujeres reconsideren automáticamente su posición sobre los tacones—, con una barba cuidadosamente descuidada que había requerido más mantenimiento que el que él admitiría jamás, ojos color miel con destellos de travesura perpetua, y esa risa contagiosa que podía escucharse desde Finlandia y que hacía que las preocupaciones mundanas parecieran absurdamente irrelevantes.

Llevaba ropa térmica de última generación que costaba más que el salario mensual de Mathilda, pero la usaba con esa despreocupación estudiada de los hombres que quieren parecer que no se preocupan por su apariencia mientras se aseguran de verse perfectamente aventureros en cada foto.

—¿Primera vez en Laponia? —le preguntó a Mathilda mientras ajustaba las correas de su mochila con la destreza de alguien que había convertido el senderismo en una forma de arte.

—Primera vez haciendo algo que mi madre consideraría potencialmente mortal —respondió ella, intentando no sonar como alguien que había elegido la aventura extrema como alternativa terapéutica.

—¿Y qué te trae hasta aquí? ¿Búsqueda espiritual? ¿Crisis existencial? ¿Ruptura amorosa traumática? —preguntó con la naturalidad de alguien que había catalogado todas las razones posibles por las que la gente decide caminar voluntariamente por el frío ártico.

—Digamos que estoy en un proyecto personal —respondió Mathilda, eligiendo sus palabras con la precisión de alguien que había aprendido que demasiada honestidad inicial podía ser contraproducente.

—¿Qué tipo de proyecto? —insistió Lars, con esa curiosidad directa que caracteriza a las personas que nunca han aprendido que algunas preguntas requieren preparación previa.

Mathilda lo miró durante varios segundos, evaluando si este hombre que había decidido que guiar turistas por paisajes helados era una profesión viable merecía una explicación completa o una versión editada de su experimento zodiacal.

—Estoy saliendo sistemáticamente con hombres de cada signo astrológico para determinar si existe alguna correlación entre la compatibilidad romántica y la

astrología occidental —respondió finalmente, con el tono de alguien que había decidido que la honestidad brutal era menos complicada que la diplomacia.

Lars se detuvo en medio del sendero y la miró con una expresión que era parte admiración, parte diversión, parte respeto profesional.

—Eso es tan científicamente ridículo y tan personalmente fascinante que no sé si felicitarte o sugerir terapia intensiva —dijo, riéndose con genuina alegría—. ¿Y qué has descubierto hasta ahora?

—Que los Escorpio convierten el amor en una investigación criminal, los Libra convierten las decisiones en conferencias diplomáticas, y que aparentemente los Sagitario hacen preguntas muy directas a extraños en medio de la tundra ártica.

—Touché —respondió él, reanudando la caminata con una sonrisa que sugería que había encontrado exactamente el tipo de conversación que estaba buscando—. Yo estoy aquí porque mi ex novia me dejó por un instructor de yoga que se especializa en —sanación tántrica— y que aparentemente puede hacer cosas con su cuerpo que yo ni siquiera sabía que eran anatómicamente posibles. Así que decidí caminar hasta que me canse de pensar en ellos, o hasta que me vuelva más interesante que un hombre que puede tocarse los pies con la frente mientras medita sobre la impermanencia del deseo.

Primera observación sobre Lars: poseía esa honestidad brutal que caracteriza a las personas que han decidido que los filtros sociales son una pérdida de tiempo.

Segunda observación: tenía esa habilidad sagitariana de convertir el dolor personal en anécdota entretenida sin perder autenticidad emocional.

Tercera observación: hacía que caminar durante cinco horas por terreno irregular mientras nevaba ligeramente pareciera una conversación casual en lugar de una prueba de resistencia física.

Durante los siguientes días, mientras el grupo se adentraba más en el paisaje ártico que parecía diseñado específicamente para hacer que los problemas urbanos parecieran absurdamente triviales, Lars desplegó esa personalidad sagitariana en toda su gloria contradictoria.

Era el tipo de hombre que podía explicar las propiedades terapéuticas de los baños en agua helada mientras se sumergía voluntariamente en un lago que tenía temperatura de morgue, que conocía historias fascinantes sobre cada formación rocosa y cada tipo de musgo, pero que era completamente incapaz de recordar dónde había puesto su linterna la noche anterior.

Hablaba con la pasión de un evangelista sobre la importancia de —vivir en el presente— mientras planificaba mentalmente su próximo viaje a Nepal, Mongolia, o cualquier lugar que sonara suficientemente remoto como para impresionar a mujeres en bares urbanos.

Las conversaciones con Lars tenían esa calidad expansiva que caracteriza a los Sagitario: empezaban hablando de técnicas de supervivencia y terminaban debatiendo la naturaleza del libre albedrío, pasando por teorías antropológicas sobre rituales de apareamiento en sociedades preindustriales, el impacto psicológico de las redes sociales en la autenticidad emocional, y por qué la

música country estadounidense era secretamente la forma más honesta de arte popular contemporáneo.

—¿Sabes cuál es el problema con la cultura moderna del romance? —le preguntó una noche, mientras compartían una fogata y una cena que consistía principalmente en comida deshidratada que sabía sospechosamente a cartón nutritivo—. Que hemos convertido el amor en un proyecto de mejora personal. Como si fuera algo que puedes optimizar con la aplicación correcta, la estrategia adecuada, y suficiente análisis de datos emocionales.

—¿Y cuál es tu alternativa? —preguntó Mathilda, genuinamente curiosa sobre la filosofía romántica de un hombre que había elegido vivir en constante movimiento.

—Conexión auténtica sin expectativas futuras —respondió Lars, removiendo las brasas con un palo como si estuviera dirigiendo una orquesta sinfónica—. Amar completamente en el momento, sin necesidad de que ese momento se convierta en un plan quinquenal. Como los fuegos artificiales: breves, múltiples, absolutamente gloriosos mientras duran.

Era una filosofía que sonaba hermosa en teoría y que probablemente funcionaba muy bien para alguien cuyo trabajo consistía en guiar grupos de turistas por paisajes dramáticos durante períodos limitados de tiempo.

En la práctica, como Mathilda descubriría durante las siguientes dos semanas, significaba que Lars era capaz de una intimidad emocional e intelectual extraordinaria, siempre y cuando esa intimidad viniera con fecha de caducidad claramente definida.

Era el tipo de hombre que podía hacer que te sintieras como la mujer más fascinante del mundo durante el tiempo que compartían, pero que también había perfeccionado el arte de mantener una distancia emocional que garantizaba que nunca se sintiera verdaderamente disponible para algo que requiriera compromiso a largo plazo.

El sexo con Lars fue una revelación en logística extrema y creatividad adaptativa. Hacer el amor en una carpa de campaña, con temperatura bajo cero, usando ropa térmica como elementos de seducción, requería un nivel de coordinación física y flexibilidad mental que Mathilda no sabía que poseía.

Era apasionado de esa manera específicamente sagitariana: completamente presente, absolutamente entregado, intensamente conectado... y simultáneamente preparado para que todo terminara cuando la aventura llegara a su conclusión natural.

—Eres increíble —le dijo ella una tarde, después de una sesión de sexo particularmente atlética que había requerido creatividad geométrica y resistencia al frío que bordeaba lo heroico.

—Tú también —respondió él, con esa sonrisa que era parte ternura, parte travesura, parte despedida anticipada—. Es el poder de la conexión temporal. Cuando sabes que algo no va a durar para siempre, te permites vivirlo completamente.

Cuarta observación sobre los Sagitario: habían convertido la filosofía del amor en una justificación sofisticada para el miedo al compromiso.

Quinta observación: esa filosofía era seductoramente lógica hasta que te encontrabas enamorándote de alguien que la practicaba.

La declaración de amor llegó durante la segunda semana, después de una caminata particularmente desafiante que había requerido equipo de escalada y una resistencia física que Mathilda no sabía que poseía. Estaban sentados en una formación rocosa, contemplando un paisaje que parecía diseñado específicamente para hacer que las emociones humanas se sintieran tanto insignificantes como extraordinariamente importantes.

—Te amo —le dijo Mathilda, sorprendida de escuchar las palabras salir de su boca con esa certeza que no admite retractación.

Lars la miró durante varios segundos con una expresión que era parte ternura, parte pánico, parte admiración por su honestidad.

—Lo sabía —respondió finalmente, dándole una palmada en la pierna que logró ser simultáneamente afectuosa y condescendiente—. Es completamente natural. Este tipo de experiencia compartida despierta emociones fuertes. Es biología básica combinada con circunstancias excepcionales.

—¿Y tú me amas? —preguntó ella, aunque ya sabía que la respuesta iba a requerir preparación emocional previa.

—Te amo como se ama una aurora boreal —respondió Lars, con esa poesía espontánea que los Sagitario emplean cuando necesitan decir algo hermoso que también establezca límites claros—. Completamente, intensamente, con total gratitud por la belleza del momento... y sabiendo que no es algo que puedas poseer o que vaya a repetirse exactamente igual.

Mathilda sintió una mezcla compleja de emoción, frustración, ternura, y ganas de empujarlo de la formación rocosa hacia el valle helado que se extendía varios metros más abajo.

Era una respuesta perfectamente sagitariana: romántica, filosóficamente sofisticada, emocionalmente honesta, y completamente diseñada para evitar cualquier implicación de futuro compartido.

La despedida fue tan serena y ceremonial como todo lo demás en la relación con Lars. Nada de dramas, lágrimas, o peticiones desesperadas de reconsideración. Solo esa aceptación zen de la impermanencia que los Sagitario han perfeccionado como defensa contra el compromiso emocional duradero.

—Te voy a recordar siempre —le dijo, mientras ella subía al tren que la llevaría de regreso a la civilización, WiFi, y duchas con agua caliente garantizada—. Bueno, no exactamente siempre. A veces me distraigo con nuevas aventuras, y mi memoria es selectiva. Pero definitivamente durante los próximos cinco o seis años, cada vez que vea fuego, auroras boreales, o a alguien hermoso con sentido del humor sarcástico y resistencia física impresionante.

En el tren, mientras contemplaba el paisaje ártico que se alejaba y reflexionaba sobre dos semanas de aventura emocional y física, Mathilda escribió en su libreta con letra especialmente clara:

Sagitario: Energía imparable, conversaciones que expanden la mente, aventura garantizada, filosofía de vida que hace que los problemas cotidianos parezcan absurdamente triviales, capacidad de hacer que te sientas viva de maneras que

no sabías que existían, y esa combinación irresistible de sabiduría y travesura que caracteriza a los grandes seductores.

Riesgos colaterales: Compromiso emocional equivalente a cero, alergia clínica a los planes que se extienden más allá del horizonte visible, filosofías románticas específicamente diseñadas para evitar que alguien se quede lo suficiente como para requerir responsabilidad emocional real, y la habilidad sobrenatural de hacer que el amor temporal parezca más auténtico que el amor duradero.

Nota adicional: Los Sagitario no tienen relaciones amorosas tradicionales. Tienen experiencias transformadoras con fechas de caducidad claramente establecidas. Aproximarse solo si se está preparada para enamorarse completamente de alguien que ya está planeando su próxima aventura.

Consejo para futuras víctimas: El amor verdadero y el amor temporal no son mutuamente excluyentes, pero tampoco son la misma cosa. Los Sagitario te enseñarán la diferencia de la manera más hermosa y dolorosa posible.

Mientras cerraba la libreta y consideraba seriamente la posibilidad de tomarle un descanso prolongado al universo de los experimentos románticos, Mathilda pensó que tal vez lo que necesitaba ahora era exactamente lo opuesto de la aventura sagitariana sin compromiso.

Quería estabilidad sin aburrimiento. Planificación que no matara la espontaneidad. Un hombre que supiera construir algo duradero sin convertir el amor en un proyecto de ingeniería emocional.

Necesitaba tierra firme, metas claras, y alguien que considerara que el éxito romántico se medía en décadas, no en experiencias inolvidables.

El siguiente signo venía con plan quinquenal, portafolio de inversiones, y una estrategia de cortejo que había sido probada en múltiples mercados demográficos.

Bienvenido, Capricornio.

Spoiler: el problema no sería la falta de amor. Sería que el amor tendría horario de oficina, metas trimestrales, y un manual de usuario de doscientas páginas.

Capítulo 10. Signo: Capricornio La Cabra Ambiciosa

Después del torbellino de aventuras con Lars el Sagitario —que la había dejado con una mochila rota, un corazón temporalmente expandido y una comprensión profundamente perturbadora sobre la diferencia entre —vivir el momento— y —evitar el compromiso con vocabulario new age—, Mathilda se encontró ansiando algo que la sociedad moderna había conseguido hacer parecer revolucionario: estabilidad sin tedio.

No el tipo de estabilidad que promueven las revistas femeninas escritas por editoras divorciadas que idealizan el matrimonio como si fuera un seguro de vida emocional, sino estabilidad real. La clase de solidez que permite planificar vacaciones sin angustia existencial, tener conversaciones sobre el futuro sin que el otro huya literalmente hacia otro continente, y despertarse junto a alguien que no está evaluando mentalmente qué tan rápido puede llegar al aeropuerto.

Fue durante esta búsqueda de cordura romántica que el universo, con esa ironía cósmica que caracteriza su servicio al cliente, le presentó a Nils Sjöberg.

Arquitecto. Capricornio. Con un currículum que parecía haber sido optimizado por una inteligencia artificial especializada en impresionar a suegras conservadoras y gerentes de recursos humanos con pañuelos faciales

El perfil de Nils en la aplicación de citas era una obra maestra de marketing personal que habría hecho llorar de orgullo a cualquier consultor en personal branding: fotos profesionales que sugerían éxito sin ostentación, hobbies que demostraban disciplina sin obsesión (maratones, ajedrez, cocina molecular), y una biografía que era básicamente un pitch de elevador romántico: —Construyo edificios que duran décadas y relaciones que funcionan. Busco a alguien que aprecie tanto la arquitectura gótica como las conversaciones profundas a las 2 AM. No respondo a likes sin mensaje personalizado.—

Era tan específico, tan estructurado, tan obviamente funcional, que Mathilda sintió la misma sensación que experimenta una persona que ha estado comiendo comida chatarra durante meses cuando ve una ensalada orgánica: parte alivio, parte sospecha que algo tan saludable no podía ser realmente satisfactorio.

Su primer mensaje fue un ensayo de tres párrafos sobre por qué había elegido contactarla, con referencias específicas a detalles de su perfil, una pregunta inteligente sobre su trabajo, y una propuesta concreta de cita que incluía tres opciones de restaurante, dos horarios alternativos, y la oferta caballerosa de dividir la cuenta —para establecer desde el inicio una dinámica equitativa que refleje valores compartidos sobre autonomía financiera y respeto mutuo—.

Era tan maduro, tan considerado, tan completamente opuesto a todo lo que había experimentado con los hombres anteriores, que Mathilda sospechó inmediatamente que había algo fundamentalmente errado con él. Nadie es tan funcional sin costos emocionales ocultos.

La primera cita fue en Fotografiska, porque Nils había investigado sus intereses y determinado que una exposición de fotografía contemporánea ofrecía —suficientes estímulos visuales para generar conversación natural mientras permitía evaluar compatibilidad estética e intelectual sin la presión artificial de mantener contacto visual constante que caracteriza las cenas tradicionales—.

Llegó exactamente a tiempo —ni cinco minutos tarde para crear expectativa ni cinco minutos temprano para parecer ansioso— vestido con esa precisión casual que requiere más planificación que la mayoría de las bodas: jeans que costaban más que el alquiler mensual de Mathilda pero que parecían completamente naturales, camisa de algún material técnico que se veía como algodón pero que probablemente había sido diseñado por ingenieros aeroespaciales, y zapatos de cuero italiano que sugerían que consideraba sus pies una inversión a largo plazo.

—Mathilda —dijo, con una sonrisa que logró ser cálida sin ser efusiva, profesional sin ser fría—. Llegas perfectamente a tiempo. Aprecio la puntualidad como indicador de respeto mutuo y eficiencia personal.

Primera observación sobre Nils: hablaba como si cada conversación fuera una presentación de negocios ligeramente personalizada.

Segunda observación: había convertido virtudes básicas como la puntualidad en métricas de compatibilidad romántica.

Tercera observación: era tan guapo de esa manera específicamente nórdica — pómulos que podrían servir como elemento arquitectónico, ojos azules del color del hielo ártico, altura que hacía que las mujeres reconsideraran automáticamente su posición sobre la importancia de la estatura en las relaciones— que resultaba casi molesto. Como si hubiera sido diseñado en un laboratorio especializado en producir novios ideales para presentar en reuniones familiares.

La conversación durante la exposición fue una revelación en competencia intelectual sofisticada. Nils no solo sabía de fotografía, arquitectura, diseño, y arte contemporáneo; también tenía opiniones informadas, preguntas inteligentes, y esa habilidad para escuchar que había sido completamente ausente en sus experiencias románticas previas.

—¿Qué opinas sobre la relación entre funcionalidad y estética en el diseño urbano? —le preguntó mientras contemplaban una serie de fotografías sobre desarrollo urbano sostenible—. He notado que muchas personas consideran que la belleza y la eficiencia son mutuamente excluyentes, pero creo que esa es una falsa dicotomía que refleja pereza intelectual más que limitaciones reales.

Era el tipo de pregunta que habría hecho que Björn el Escorpio comenzara inmediatamente un análisis psicológico sobre por qué ella necesitaba validación intelectual, que habría causado que Gabriel el Libra pasara veinte minutos considerando todos los ángulos posibles sin llegar a una conclusión, y que Lars el Sagitario habría convertido en una filosofía sobre la impermanencia de los juicios estéticos.

Nils simplemente quería una conversación inteligente. Sin agenda oculta. Sin necesidad de convertir cada intercambio en una oportunidad para demostrar superioridad emocional, intelectual, o sexual.

—Creo que vivimos en una cultura que ha sido entrenada para creer que todo lo bueno para nosotros debe ser aburrido, y todo lo divertido debe ser destructivo —respondió Mathilda, sorprendida de encontrarse participando en el tipo de conversación que había fantaseado sobre tener con un hombre adulto—. Como si la madurez emocional fuera inversamente proporcional al placer, y el compromiso romántico requiriera sacrificar la pasión en el altar de la estabilidad.

—Exactamente —respondió él, con una sonrisa que sugería que había encontrado exactamente el tipo de mujer que estaba buscando—. Es una narrativa cultural que beneficia principalmente a las industrias que monetizan la insatisfacción: aplicaciones de citas que venden la ilusión de opciones infinitas, terapeutas que perpetúan problemas en lugar de resolverlos, y toda una economía de autoayuda que depende de mantener a las personas lo suficientemente disfuncionales como para seguir comprando soluciones.

Cuarta observación sobre Nils: poseía la habilidad sagitariana de análisis cultural sin la incapacidad capricorniana de aplicar esos análisis a compromisos personales duraderos.

La cena posterior fue en un restaurante que él había elegido después de leer reseñas, verificar la calidad de sus proveedores, y confirmar que tenían opciones para diferentes restricciones dietéticas —porque la consideración hacia las necesidades del otro es fundamental para establecer confianza mutua—.

Ordenó una botella de vino después de preguntarle sobre sus preferencias, demostrar conocimiento suficiente para hacer recomendaciones informadas, y explicar por qué había elegido específicamente esa cosecha —sin sonar pretencioso, porque el conocimiento sin humildad es simplemente una forma sofisticada de inseguridad—.

Durante la cena, desplegó una versión perfectamente ejecutada de lo que Mathilda eventualmente reconocería como —cortejo estructurado—: preguntas inteligentes sobre su vida y trabajo, anécdotas personales que revelaban carácter sin sonar como terapia pública, humor que era ingenioso sin ser cruel, y atención que la hacía sentir como si fuera la única mujer en el restaurante sin hacerla sentir como si él estuviera evaluando su potencial reproductivo.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —dijo mientras compartían postre.

—Depende de qué tan personal —respondió ella, preparándose mentalmente para el tipo de pregunta que requeriría decidir entre honestidad brutal y diplomacia estratégica.

—¿Qué buscas realmente en una relación? No la respuesta que das en aplicaciones de citas para sonar equilibrada y emocionalmente madura, sino lo que realmente quieres cuando fantaseas sobre tu vida romántica ideal.

Era una pregunta que la mayoría de los hombres hacían con agenda específica: algunos querían confirmar que ella no buscaba matrimonio inmediato, otros querían establecer expectativas sexuales, otros necesitaban consuelo sobre su capacidad de compromiso. Nils parecía genuinamente curioso sobre su respuesta.

—Quiero a alguien que haga que la idea de construir algo juntos sea más emocionante que la idea de mantener mis opciones abiertas —respondió Mathilda, sorprendida por su propia honestidad—. Alguien que entienda que el compromiso no es sacrificio, sino inversión. Y que sepa la diferencia entre estabilidad y aburrimiento.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Qué buscas cuando no estás construyendo el perfil romántico perfecto para impresionar a mujeres en aplicaciones diseñadas para generar ansiedad y consumo compulsivo?

Nils se rio con genuina diversión, como si hubiera estado esperando exactamente esa pregunta.

—Quiero encontrar a alguien con quien pueda construir una vida que sea suficientemente interesante como para no necesitar escape constante, pero suficientemente estable como para poder planificar más allá del próximo fin de semana —respondió—. Alguien que entienda que el amor maduro no es menos intenso que el amor dramático; simplemente es más eficiente.

Era una respuesta que habría sonado completamente romántica si no hubiera incluido la palabra —eficiente— aplicada al amor.

Quinta observación sobre Nils: había encontrado una manera de hacer que el pragmatismo sonara sexy, pero seguía siendo fundamentalmente pragmatismo.

Las primeras seis semanas de relación con Nils fueron como vivir dentro de un manual de relaciones saludables escrito por psicólogos con doctorados en Harvard y problemas para conectar emocionalmente con otros seres humanos.

Todo funcionaba perfectamente. Las citas eran planificadas con suficiente anticipación para crear expectativa pero sin tanta rigidez como para eliminar espontaneidad. La comunicación era clara, honesta, y eficiente: nada de juegos mentales, expectativas no verbalizadas, o drama emocional innecesario. El sexo era adulto, mutuamente satisfactorio, y mejoró consistentemente porque él aproximaba la intimidad física con la misma metodología que aplicaba a proyectos profesionales: investigación previa, comunicación abierta sobre objetivos, atención a métricas de satisfacción, y disposición para realizar ajustes basados en feedback.

Era tan funcional, tan saludable, tan obviamente lo que ella había estado buscando después de meses de caos romántico con hombres que convertían las relaciones en proyectos de arte experimental, que Mathilda se sintió profundamente perturbada por su creciente sensación de... vacío.

No aburrimiento exactamente. Nils era demasiado inteligente, exitoso, y considerado para ser aburrido. Más bien, una sensación persistente de que estaba participando en una simulación muy sofisticada de romance en lugar de experimentar amor real.

—¿Te pasa algo? —le preguntó él una noche, después de notar que ella había estado más callada de lo usual—. Tu energía está diferente. ¿Hay algo que necesitemos discutir?

Era típicamente considerado: había notado el cambio, había elegido el momento apropiado para abordarlo, y había formulado la pregunta de manera que invitaba honestidad sin crear presión.

—Siento como si estuviéramos siguiendo instrucciones para una relación perfecta en lugar de... teniendo una —respondió Mathilda, eligiendo sus palabras cuidadosamente porque no quería lastimarlo pero necesitaba honestidad—. Todo funciona tan bien que a veces me pregunto si realmente nos conocemos o si simplemente somos muy buenos ejecutando los protocolos correctos para parejas compatibles.

Nils la miró durante varios segundos con una expresión que era parte comprensión, parte resignación, parte alivio profesional de haber identificado correctamente un problema de rendimiento.

—Es un feedback válido —respondió finalmente—. Creo que he estado tan enfocado en evitar los errores que caracterizan las relaciones disfuncionales que tal vez he sobre optimizado hacia la estabilidad sin preservar suficiente espacio para... espontaneidad emocional auténtica.

Incluso su respuesta a la crítica de su novia sobre la falta de autenticidad emocional sonaba como el resultado de un análisis de proceso empresarial.

—Nils —dijo ella, sintiéndose simultáneamente tierna hacia él y frustrada por la situación—, ¿alguna vez haces algo completamente irracional? ¿Algo que no tenga sentido práctico pero que se sienta correcto emocionalmente?

—¿Te refieres a comportamiento impulsivo? —preguntó él, como si ella hubiera sugerido que comenzara a usar drogas recreativas—. Creo que la impulsividad es generalmente contraproducente para objetivos a largo plazo. Aunque entiendo que cierto nivel de espontaneidad puede ser saludable para mantener novedad y prevenir estancamiento relacional.

Era como si estuviera discutiendo estrategias de retención de empleados en lugar de hablar sobre amor romántico.

La ruptura, cuando finalmente llegó, fue ejecutada con la misma eficiencia profesional que había caracterizado toda la relación. Nils preparó lo que esencialmente fue una presentación sobre por qué su relación había alcanzado —incompatibilidades fundamentales en aproximaciones hacia intimidad emocional y expectativas sobre espontaneidad relacional—

—He preparado un análisis de nuestra compatibilidad —le dijo durante lo que él había programado en su calendario como —conversación de evaluación relacional—. Creo que te va a interesar. Incluye gráficos.

Le entregó una carpeta que contenía un informe de ocho páginas titulado —Evaluación de Compatibilidad: Mathilda & Nils - Análisis Final y Recomendaciones para Transición—. Incluía secciones sobre —Fortalezas Identificadas—, —Áreas de Incompatibilidad—, —Factores Contribuyentes—, y —Estrategias Sugeridas para Relaciones Futuras—.

Era el documento más considerado, bien investigado, y emocionalmente devastador que había recibido jamás.

—¿En serio me estás dando una evaluación de desempeño romántico? —preguntó ella, oscilando entre la risa histérica y el impulso de llamar a un terapeuta especializado en relaciones con hombres que habían convertido el amor en un proyecto de consultoría.

—Pensé que valorarías el feedback estructurado —respondió él, con sincera confusión sobre por qué ella parecía perturbada—. La mayoría de las relaciones terminan sin análisis postmortem adecuado, lo que previene aprendizaje y mejora continua para futuros vínculos románticos.

Era tan genuinamente bien intencionado, tan obviamente incapaz de entender por qué tratar el amor como un proceso optimizable podría ser problemático, que Mathilda sintió una combinación compleja de ternura, frustración, y alivio de que la relación hubiera terminado antes de que ella comenzara a hablar como un manual de recursos humanos.

En el tren de regreso a casa, mientras leía el informe de Nils (que incluía genuinamente gráficos y había sido formateado profesionalmente), Mathilda escribió en su libreta:

Capricornio: Confiabilidad nivel ingeniería alemana, estabilidad emocional de concreto armado, capacidad de planificación que haría llorar de envidia a consultores de McKinsey, consideración que bordea lo terapéutico, y la habilidad sobrenatural de hacer que la funcionalidad parezca romántica durante aproximadamente seis semanas.

Riesgos colaterales: Romanticismo mecanizado, aproximación a la intimidad que requiere métricas de rendimiento, alergia clínica al caos emocional (incluyendo pero no limitado a: llorar durante películas, querer bailar bajo la lluvia, o expresar amor de maneras que no han sido pre aprobadas por literatura psicológica contemporánea), y la capacidad perturbadora de convertir cada aspecto de la relación en un proyecto de mejora continua.

Nota adicional: Los Capricornio no tienen relaciones románticas; tienen alianzas estratégicas con componentes afectivos optimizados para estabilidad a largo

plazo. Aproximarse solo si se está preparada para amar a alguien que genuinamente cree que el amor puede ser mejorado mediante la aplicación sistemática de principios de management empresarial.

Consejo para futuras víctimas: La eficiencia emocional es seductora hasta que te das cuenta de que has comenzado a evaluar tu propia felicidad usando KPIs relacionales. Los Capricornio te enseñarán que es posible tener demasiado de algo bueno, especialmente cuando ese algo bueno ha sido sistemáticamente optimizado hasta eliminar cualquier elemento de sorpresa, caos, o magia irracional.

Mientras cerraba la carpeta con su evaluación de desempeño romántico y consideraba seriamente la posibilidad de tomarse unas vacaciones del universo de los experimentos amorosos, Mathilda pensó que tal vez lo que necesitaba ahora era exactamente lo opuesto del pragmatismo capricorniano obsesivamente funcional.

Quería impredecibilidad sin drama. Innovación emocional. Alguien que entendiera que las mejores cosas de la vida —incluyendo el amor— no pueden ser optimizadas, sistematizadas, o mejoradas mediante la aplicación de metodologías empresariales. Necesitaba aire fresco, perspectivas únicas, y alguien que considerara que la excentricidad era una característica deseable en lugar de un problema a resolver.

Capítulo 11. Signo: Acuario

El Aguador Excéntrico

Después de que Nils le entregara su evaluación de desempeño romántico —un documento que habría impresionado a cualquier director de recursos humanos pero que había dejado a Mathilda sintiéndose como una empleada despedida por —falta de optimización emocional—, se encontró en esa fase particular del agotamiento sentimental donde lo convencional parece una maldición y lo extraño una bendición.

Era, reflexionó mientras esperaba el metro con la carpeta de Nils bajo el brazo, como estar harta de comer siempre en el mismo restaurante pero no saber exactamente qué tipo de hambre tenía. Solo sabía que quería algo completamente diferente. Algo que desafiara sus nociones preconcebidas sobre lo que debería ser una relación. Algo que hiciera que todos sus experimentos previos parecieran ensayos para estudiantes de primer año en la Universidad del Amor Convencional.

El universo, que para este punto ya había demostrado tener un doctorado en ironía romántica con especialización en timing cósmico impecable, decidió responder a su petición de rareza existencial enviándole exactamente lo que había pedido: Ove Lindström, de 34 años, inventor autodidacta, vegano cuántico (concepto que él había patentado pero que nadie, incluyéndolo a él, podía explicar satisfactoriamente), y acuariano tan puro que prácticamente irradiaba excentricidad como otros hombres irradian feromonas.

Lo conoció en una conferencia titulada —El Amor Como Construcción Social Dentro del Metaverso Afectivo: Nuevos Paradigmas Para la Intimidad Post-Digital—. Mathilda había ido por error —pensó que era sobre arquitectura sensorial

aplicada al diseño urbano— pero se quedó cuando escuchó a Ove, desde el micrófono, declarar con la convicción de alguien anunciando la cura del cáncer:

—El romanticismo tradicional es una herencia directa del colonialismo emocional europeo que ha infectado nuestras estructuras relacionales durante siglos. Yo propongo reemplazarlo completamente con vínculos de alta interoperabilidad afectiva, libres de etiquetas limitantes y optimizados para la evolución emocional continua.

Primera observación sobre Ove: hablaba de las relaciones como si fueran sistemas operativos que necesitaban actualizaciones constantes.

Segunda observación: había logrado hacer que el rechazo al compromiso sonara como una revolución social progresista.

Tercera observación: era exactamente el tipo de hombre que haría que su madre mexicana encendiera velas a la Virgen de Guadalupe pidiendo que su hija recuperara el sentido común.

Después de la conferencia, Ove se acercó a ella con la confianza específica de alguien que está completamente seguro de que sus ideas revolucionarias sobre el amor van a cambiar el mundo, empezando por la mujer atractiva que había estado tomando notas durante su presentación.

—Noté que estuviste tomando apuntes durante mi exposición sobre la descolonización afectiva —le dijo, extendiendo una mano que, observó Mathilda, tenía tatuajes que parecían códigos QR—. Soy Ove. Inventor de soluciones emocionales para la era post romántica.

—Mathilda —respondió ella, estrechando una mano que era sorprendentemente suave para alguien que se describía como inventor—. Y estaba tomando notas principalmente porque no estaba segura si estabas hablando de relaciones humanas o describiendo el manual de usuario de un robot.

Ove se rio con genuino deleite, como si hubiera estado esperando exactamente esa respuesta.

—Esa es precisamente la mentalidad binaria que necesitamos transcender —declaró—. ¿Por qué las relaciones humanas no pueden beneficiarse de la eficiencia y la claridad que aplicamos a la tecnología? ¿Por qué el amor tiene que ser caótico cuando podríamos hacerlo inteligente?

Era una pregunta que habría hecho que Nils sacara su libreta para tomar notas sobre optimización relacional, que habría inspirado a Gabriel a pasar tres horas analizando los pros y contras filosóficos de la romantización tecnológica, y que habría causado que Lars iniciara una disertación sobre cómo el control mata la espontaneidad del alma.

Para Mathilda, después de meses de experimentación romántica, sonaba como exactamente el tipo de locura sistemática que necesitaba explorar.

—¿Quieres continuar esta conversación en un ambiente menos... convencional? —le preguntó Ove, con una sonrisa que sugería que su definición de —convencional— iba a requerir ajuste de expectativas significativo.

La primera cita fue en su casa, no por impaciencia sexual sino porque, según él, —mi espacio de vida es un manifiesto ideológico tridimensional que complementa y amplifica mi aproximación al vínculo humano post tradicional—.

La casa de Ove era lo que habría pasado si IKEA hubiera decidido fusionarse con la NASA bajo la supervisión creativa de un diseñador que había consumido exclusivamente ciencia ficción durante los últimos diez años. Techos altos, líneas limpias, muebles que parecían haber sido diseñados para astronautas minimalistas, y suficiente tecnología integrada como para hacer que la casa de Bill Gates pareciera una cabaña rústica.

—AURA, tenemos visita —anunció Ove al cruzar la puerta.

Una voz femenina, cálida pero claramente artificial, llenó el espacio:

—Bienvenida, Mathilda. He analizado los patrones de tu respiración, ritmo cardíaco, y micro expresiones faciales para determinar que tu nivel de curiosidad está elevado mientras que tu ansiedad se mantiene en rangos normales. ¿Te gustaría que ajuste la temperatura ambiental y la iluminación para optimizar tu comodidad durante esta interacción social?

—AURA es mi asistente de vida integral —explicó Ove, como si tener una inteligencia artificial que monitoreaba las constantes vitales de sus invitados fuera tan normal como ofrecer café—. Interpreta biométricas en tiempo real y propone ajustes ambientales. Es como tener una madre post humanista que realmente entiende tus necesidades sin juzgar tus decisiones.

Cuarta observación sobre Ove: había logrado hacer que la vigilancia tecnológica sonara maternal y reconfortante.

—¿No te parece un poco... invasivo? —preguntó Mathilda, mirando alrededor y preguntándose cuántos sensores estaban monitoreando sus niveles de estrés en ese momento.

—La privacidad es un concepto industrial diseñado para mantenernos aislados y consumiendo soluciones individuales para problemas colectivos —respondió Ove, activando algo que parecía una tetera pero que probablemente tenía más poder de procesamiento que la mayoría de las computadoras—. Cuando compartimos datos biométricos voluntariamente, creamos posibilidades de intimidad que van más allá de lo que permite la comunicación verbal tradicional.

La conversación durante la cena fue un tour surrealista por cada teoría alternativa sobre relaciones humanas que Mathilda no sabía que existía:

—Las relaciones monógamas son como los teléfonos fijos —declaró Ove mientras servía algo que él había —impreso— usando una máquina que parecía sacada de Star Trek—. Funcionaron perfectamente para su época, pero una vez que la gente se dio cuenta de que podía comunicarse con múltiples personas simultáneamente, el modelo anterior se volvió obsoleto.

—¿Y tú practicas la no-monogamia? —preguntó Mathilda, preparándose mentalmente para una explicación que involucraría probablemente términos como —poliamor ético— y —compersión—.

—Practico la autonomía afectiva fluida —respondió él, activando un dispositivo que comenzó a emitir aromas sutiles—. Esto detecta la química de nuestras feromonas y emite compuestos aromáticos para armonizar cualquier disonancia energética entre nosotros. Como tener un terapeuta de parejas molecular.

—¿Entonces... tienes otras parejas?

—Tengo conexiones de intensidad variable con diferentes personas según la compatibilidad de nuestros campos vibratorios en momentos específicos —explicó, como si estuviera describiendo una aplicación de citas basada en física cuántica—. Lo que importa no es la exclusividad sino la autenticidad del momento presente.

Era la respuesta más elaborada a —sí, salgo con otras personas— que Mathilda había escuchado jamás.

Quinta observación sobre Ove: había convertido la incapacidad de compromiso en una filosofía que sonaba como si hubiera sido desarrollada por un PhD en Estudios de Futuro.

El sexo con Ove fue como participar en un experimento científico dirigido por alguien que había leído demasiados manuales tántricos escritos por ingenieros de Silicon Valley. No abrazaba; calibraba tensiones electromagnéticas corporales. No besaba; analizaba compatibilidad química mediante intercambio de saliva. No hacía el amor; ejecutaba —protocolo de sincronización biométrica para optimización de endorfinas mutuas—.

—Nuestros ritmos cardíacos están alcanzando coherencia —murmuró durante lo que personas menos evolucionadas habrían llamado simplemente —preliminares—. AURA, documenta estos patrones para futuras sesiones de intimidad.

—Documentado, Ove. También he notado que los niveles de oxitocina de Mathilda están 23% por encima de su línea base personal —respondió la inteligencia artificial, con la naturalidad de alguien comentando el clima.

—¿Tu casa está... comentando sobre nuestro sexo? —preguntó Mathilda, en esa zona extraña entre la excitación y la perturbación existencial.

—AURA optimiza todas las experiencias humanas dentro de este espacio —explicó Ove sin dejar de hacer cosas que habrían sido increíblemente placenteras si no estuvieran siendo monitoreadas por una computadora—. Es como tener un coach de intimidad que realmente entiende la ciencia detrás del placer.

Era, reflexionó Mathilda mientras experimentaba un orgasmo que aparentemente había sido —12% más intenso que el promedio femenino en su grupo demográfico—, como hacer el amor dentro de un laboratorio dirigido por un científico loco muy atractivo y sorprendentemente competente.

Las siguientes semanas con Ove fueron un curso acelerado en futurismo romántico aplicado. Para su cumpleaños, le regaló una pulsera con sensores biométricos que monitoreaba su —ritmo afectivo— en tiempo real.

—Así sabré cuándo estás emocionalmente disponible para interacción profunda antes de que tú misma proceses conscientemente tus estados internos —explicó, como si hubiera inventado la cosa más romántica del mundo—. Elimina la ineficiencia de la comunicación verbal indirecta.

Para su tercera cita oficial, programó una —experiencia de conexión holográfica — donde una versión proyectada de él la llevó a cenar a un restaurante que existía completamente en realidad virtual.

—¿Por qué salir con tu holograma en lugar de contigo directamente? —preguntó ella, mientras cenaba comida real con la proyección tridimensional de su... ¿novio? ¿conexión afectiva fluida? ¿experimento romántico post humanista?

—La materia física no siempre es necesaria para la conexión emocional significativa —respondió el holograma de Ove, con exactamente la misma convicción que el Ove real—. Además, esto nos permite explorar intimidad conceptual sin las limitaciones biológicas tradicionales.

Era como tener una cita con el futuro, literalmente.

Sexta observación sobre Ove: había logrado hacer que la ausencia física sonara como una característica premium de la intimidad moderna.

La crisis llegó, inevitablemente, cuando Mathilda se dio cuenta de que estaba enamorándose de alguien que trataba el amor como un proyecto de investigación y desarrollo. No era que Ove fuera incapaz de afecto —era evidente que sentía algo genuino hacia ella— sino que había sistematizado tanto sus emociones que parecía estar teniendo una relación con la versión 2.0 optimizada de sus sentimientos en lugar de con los sentimientos reales.

—¿Qué pasaría si me enamorara completamente de ti? —le preguntó una noche, después de una sesión de —calibración afectiva— que había sido simultáneamente la experiencia más técnica y más íntima de su vida.

Ove la miró con esa expresión de fascinación científica que había aprendido a reconocer como su versión del interés romántico profundo.

—Sería estadísticamente improbable dado nuestro tiempo de interacción limitado, pero potencialmente fascinante desde la perspectiva de la neuroplasticidad emocional —respondió, acariciando su cara de una manera que habría sido tierna si no hubiera estado claramente monitoreando su temperatura corporal—. Aunque deberíamos establecer protocolos de consentimiento informado para navegar la intensidad emocional escalada sin comprometer la autonomía individual de ninguno de los dos.

Era la respuesta más romántica y más completamente anti romántica que había recibido jamás.

La ruptura, cuando finalmente llegó, fue tan aséptica como todo lo demás con Ove. Mathilda simplemente se cansó de sentir que estaba participando en el experimento romántico más sofisticado jamás diseñado en lugar de teniendo una relación humana normal. Ove no lo notó inmediatamente —sus propias emociones estaban tan procesadas a través de filtros tecnológicos que había perdido contacto con la intuición básica— pero su reloj inteligente sí.

—Tus patrones biométricos han cambiado significativamente en las últimas 72 horas —le dijo durante lo que habría sido una cena romántica normal si no hubiera estado siendo documentada por AURA para —análisis de compatibilidad a largo plazo—. Intuyo distanciamiento emocional. ¿Deberíamos ejecutar protocolos de resolución de conflictos relacionales?

—Sí, Ove. Tu intuición tecnológica es correcta. Creo que necesito una pausa de... esto.

—Entiendo —respondió él, con la calma de alguien que había anticipado esta posibilidad y ya tenía estrategias preparadas—. ¿Te gustaría que AURA genere una playlist de transición emocional personalizada para facilitar tu proceso de

desvinculación? La tengo disponible en modo bossa nova melancólica o minimalismo nórdico contemplativo.

Mathilda eligió el silencio. Y una caminata muy larga lejos de cualquier dispositivo inteligente.

De vuelta en casa, escribió en su libreta lo que ya estaba empezando a sentir como las conclusiones finales de su doctorado no oficial en Hombres Imposibles:

Acuario: Creatividad desbordante, originalidad que desafía las leyes de la física social, teorías fascinantes sobre todo lo que pensabas que entendías sobre las relaciones humanas, capacidad para hacer que el futuro parezca accesible y el presente obsoleto.

Riesgos colaterales: Desconexión emocional disfrazada de evolución consciente, romanticismo que requiere manual de usuario y actualizaciones de software, peligro real de ser reemplazada por una versión holográfica mejorada de ti misma, y la experiencia perturbadora de descubrir que es posible tener demasiada innovación en áreas donde tal vez un poco de tradición no estaría mal.

Nota adicional: Los Acuarios no tienen relaciones; tienen proyectos de investigación colaborativa sobre el futuro de la intimidad humana. Aproximarse solo si se está preparada para que el amor sea tratado como una startup emocional con potencial de escalabilidad global.

Consejo para futuras exploradoras: La vanguardia emocional es seductora hasta que te das cuenta de que has comenzado a medir tu felicidad usando aplicaciones móviles y que tu vida romántica requiere soporte técnico 24/7.

Mientras cerraba su libreta y consideraba seriamente la posibilidad de convertirse en monja secular especializada en gatos, Mathilda se dio cuenta de que había explorado prácticamente todo el espectro zodiacal de imposibilidad masculina. Solo faltaba un signo.

Y esa noche, mientras revisaba mentalmente su aventura astrológica completa, se dio cuenta de algo que había estado tan obvio que había sido invisible: tal vez lo que necesitaba no era encontrar al hombre perfecto según su signo zodiacal, sino encontrar a alguien que la conociera lo suficientemente bien como para amarla exactamente como era, signos zodiacales y neurosis experimentales incluidas.

Tal vez lo que necesitaba había estado ahí todo el tiempo.

Capítulo 12. Signo: Piscis

Los Peces que Nadan Juntos

Después de su experiencia con Ove y su laboratorio de amor post humanista, Mathilda se encontró en esa fase particular del agotamiento existencial donde incluso las plantas de su departamento parecían juzgarla por sus decisiones románticas. Era como si hubiera completado un máster en Hombres Imposibles con mención honorífica en Auto-Sabotaje Emocional, y ahora se enfrentaba a la pregunta que toda mujer de treinta y tantos debe responder eventualmente: ¿y ahora qué carajo hago con toda esta sabiduría inútil sobre por qué los hombres son como son?

El universo, que para este punto ya había demostrado tener un doctorado en ironía cósmica y un posgrado en timing dramático impecable, decidió responder a esta pregunta de la manera más simple y más complicada posible: enviándola de vuelta a donde había comenzado todo.

Narda.

Su amiga, confidente, terapeuta no oficial, crítica de moda amateur, sommelier de vinos baratos, y la única persona que había sido testigo de cada desastre romántico de los últimos dos años sin una sola vez sugerir que tal vez el problema era ella.

—Necesito una intervención emocional de emergencia —le escribió Mathilda un miércoles por la noche, después de pasar tres horas viendo videos de gatos en YouTube y cuestionando todas sus decisiones de vida desde los quince años—. Trae vino. Trae mucho vino. Y tal vez algo de comer que no requiera que yo demuestre que soy una adulta funcional.

Narda llegó cuarenta minutos después con una botella de vino que costaba más que el presupuesto mensual de comida de Mathilda, una pizza que olía como si hubiera sido bendecida por todos los santos italianos, y esa expresión de —ya sabía que esto iba a pasar— que solo las mejores amigas perfeccionan después de años de práctica.

—¿Qué hizo el astronauta emocional esta vez? —preguntó, instalándose en el sofá con la eficiencia de alguien que había convertido las crisis románticas de su amiga en un ritual social perfectamente calibrado.

—Nada —respondió Mathilda, abriendo la botella con más agresividad de la técnicamente necesaria—. Absolutamente nada. Y esa es exactamente la cosa. Ove no hizo nada malo. Fue considerado, innovador, emocionalmente inteligente según estándares futuristas, increíble en la cama si no te importa que una inteligencia artificial documente tu rendimiento orgásmico para —optimización futura—...

—Pero...

—Pero me sentía como si estuviera saliendo con la versión beta de lo que podría ser un novio real si la tecnología avanzara otros diez años y alguien le programara intuición emocional básica.

Narda sirvió dos copas de vino con la precisión de alguien que sabía que esta conversación iba a requerir anestesia líquida significativa.

—¿Sabes cuál es tu problema, Math?

—Ilumíname con tu sabiduría, porque claramente yo no tengo ni puta idea.

—Tu problema es que has estado buscando al hombre perfecto según una lista de características que cambia cada vez que descubres una nueva forma de que un hombre sea imposible —Narda tomó un sorbo de vino que era más ritual que necesidad—. Es como ir de compras para un vestido perfecto pero cambiar de talla cada vez que entras a una tienda diferente.

—Esa es una analogía terrible y además irrelevante porque yo sé exactamente qué talla uso.

—¿En serio? Porque acabas de pasar dos años saliendo con un Virgo que te trataba como un proyecto de optimización personal, un Sagitario que confundía

la evitación del compromiso con aventura espiritual, un Capricornio que planificaba el sexo con la misma eficiencia que una junta de negocios, y un Acuario que literalmente reemplazó la intimidad emocional con tecnología wearable.

Era una lista que, presentada así, hacía que las decisiones románticas de Mathilda sonaran como un experimento social diseñado por alguien con serios problemas de autoestima disfrazado de —exploración personal—.

—Cuando lo pones así suena como si hubiera estado saboteando activamente mi propia felicidad —admitió Mathilda, atacando la pizza con el entusiasmo de alguien que había decidido que los carbohidratos iban a resolver al menos algunos de sus problemas existenciales.

—No saboteando. Evitando —Narda se acomodó en el sofá con esa postura que Mathilda había aprendido a reconocer como preámbulo a Conversación Seria Sobre Sentimientos—. ¿Sabes por qué elegiste a todos esos hombres imposibles?

—¿Porque tengo un talento natural para encontrar exactamente el tipo de hombre que va a confirmar todas mis sospechas sobre por qué las relaciones son una construcción social diseñada para vender tarjetas de San Valentín y terapia de pareja?

—Porque todos eran seguros precisamente porque eran imposibles —Narda la miró con esa expresión de —ya llegamos al núcleo del problema—. Si Nils era demasiado analítico, si Gabriel era demasiado evasivo, si Lars era demasiado controlador, si Ove era demasiado tecnológico, entonces nunca tenías que enfrentarte a la posibilidad real de que funcionara. Nunca tenías que arriesgarte a ser vulnerable con alguien que realmente pudiera conocerte.

Era una observación que llegó como esas revelaciones que son tan obvias que duelen físicamente, como darte cuenta de que has estado usando los zapatos en el pie equivocado durante todo el día.

—Eso es... jodidamente perspicaz y completamente irritante —murmuró Mathilda—. ¿Desde cuándo eres tan sabia sobre mis patrones de autosabotaje emocional?

—Desde que te conozco —respondió Narda, con esa sonrisa que era parte cariño y parte exasperación—. Que, para que conste, ha sido mucho más tiempo del que has estado saliendo con estos especímenes zodiacales de imposibilidad masculina.

Y ahí estaba. La cosa que había estado flotando en la periferia de la conciencia de Mathilda durante meses pero que había sido tan consistente, tan constante, tan *ahí* que se había vuelto invisible como el aire que respiraba o la neurosis que la definía.

Narda.

Narda, que había estado presente para cada crisis existencial, cada epifanía romántica, cada descubrimiento sobre las formas infinitas en que los hombres podían ser exactamente quienes decían que eran pero de maneras que volvían loca a cualquier mujer con expectativas razonables sobre la comunicación emocional básica.

Narda, que conocía su orden de café preferido, su período menstrual mejor que ella misma, sus neurosis familiares con el detalle de alguien que había estudiado el manual de usuario de su personalidad durante años.

Narda, que nunca había tratado de arreglarla, optimizarla, aventurarla, controlarla, o actualizarla a una versión mejorada de sí misma.

Narda, cuyo signo zodiacal Mathilda había sabido durante años pero nunca había considerado relevante para su investigación sobre la imposibilidad masculina por la razón más obvia del mundo: Narda no era un hombre.

Piscis. Intuitiva, empática, emocionalmente inteligente de maneras que no requerían aplicaciones móviles ni manuales de usuario. El tipo de persona que podía leer tus emociones sin monitorearte biométricamente, que podía anticipar tus necesidades sin convertirse en un proyecto de optimización personal.

—¿En qué signo naciste? —preguntó Mathilda, aunque ya sabía la respuesta.

—Sabes perfectamente que soy Piscis —respondió Narda, con esa sonrisa que sugería que esta conversación estaba yendo exactamente hacia donde ella había sabido que iría desde el momento en que llegó con vino caro y pizza de emergencia—. ¿Por qué?

—Porque acabas de completar mi experimento zodiacal y ni siquiera me di cuenta.

El silencio que siguió fue de esos que están cargados con años de complicidad, comprensión mutua, y la realización gradual de que tal vez lo que has estado buscando en aplicaciones de citas y conferencias sobre futurismo romántico había estado sentado en tu sofá, compartiendo tu vino, y aguantando tus crisis existenciales durante todo este tiempo.

—Math —dijo Narda finalmente, con esa voz que usaba cuando estaba a punto de decir algo que ambas sabían pero que nunca habían verbalizado—. ¿Te has dado cuenta de que llevamos dos años teniendo básicamente citas semanales donde yo vengo, te escucho hablar de tus problemas, compartimos comida y vino, nos reímos de las mismas cosas, y luego nos abrazamos antes de que me vaya?

—Eso se llama amistad...

—¿Y te has dado cuenta de que cada vez que sales con uno de estos hombres imposibles, la primera persona a la que quieres contarle todo soy yo? ¿Y que cada vez que estás feliz, triste, confundida, o celebrando algo, la persona con la que quieres compartirlo soy yo?

—Eso también se llama amistad...

—¿Y te has dado cuenta de que cuando me describías a cada uno de estos hombres, lo que realmente estabas diciendo era —mira todas las formas en que este tipo no es como tú—?

Mathilda se quedó con la copa de vino a medio camino hacia su boca, procesando una revelación que era simultáneamente la cosa más obvia y más imposible que había escuchado en meses.

—Narda...

—No tienes que decir nada ahora —la interrumpió Narda, con esa gentileza específica de alguien que había estado esperando este momento pero que

también entendía que revelaciones de esta magnitud requerían tiempo de procesamiento—. Solo quiero que sepas que todos estos meses, mientras tú estabas explorando el zodiaco masculino, yo estaba aquí. Consistentemente. Sin agenda oculta, sin necesidad de actualizaciones, sin tratarte como un proyecto de mejoramiento personal.

—¿Estás diciendo que...?

—Estoy diciendo que he estado enamorada de ti durante aproximadamente dos años, pero que no dije nada porque me parecía que necesitabas descubrir por ti misma que lo que estás buscando tal vez no tiene que ver con encontrar al hombre zodiacal perfecto —Narda tomó otro sorbo de vino, como si acabara de comentar el clima en lugar de revolucionar completamente la comprensión que Mathilda tenía de su propia vida—. Y también porque soy Piscis, así que prefiero aguantarme la angustia emocional antes que arriesgarme al rechazo directo.

El universo, reflexionó Mathilda, tenía un sentido del humor absolutamente perverso. Había pasado dos años explorando sistemáticamente cada forma posible en que un hombre podía ser emocionalmente inalcanzable, solo para descubrir que la persona más emocionalmente disponible, compatible, y genuinamente interesada en conocerla completamente había estado ahí todo el tiempo, siendo tan consistente que se había vuelto invisible.

—¿Sabes cuál es la cosa más jodida de todo esto? —dijo finalmente.

—¿Que acabas de descubrir que has estado teniendo una relación emocional con tu mejor amiga durante dos años sin darte cuenta?

—Que acabas de resolver mi experimento zodiacal de la manera más perfecta posible. Piscis: intuitiva, empática, capaz de amarte exactamente como eres sin necesidad de convertirte en un proyecto de optimización personal.

—También somos dramáticas, emocionalmente intensas, y tenemos tendencia a enamorarnos de personas que están demasiado ocupadas buscando el amor en lugares imposibles como para notar que ya lo tienen —añadió Narda, con esa sonrisa que era parte ironía y parte esperanza—. Por si quieres agregar eso a tus notas de investigación.

Mathilda puso su copa en la mesa, se giró completamente hacia Narda, y realmente la *vio* por primera vez en años. No como la amiga que aguantaba sus crisis, no como la confidente que la escuchaba sin juzgar, sino como la mujer que había estado ahí, constante, paciente, amorosa, esperando a que ella se diera cuenta de lo obvio.

—¿Qué pasa si arruinamos nuestra amistad? —preguntó, porque incluso en medio de una revelación romántica cósmica, su cerebro insistía en encontrar formas de sabotear su propia felicidad.

—¿Qué pasa si no lo hacemos? —respondió Narda—. ¿Qué pasa si resulta que llevamos dos años en los preliminares de la relación más natural del mundo y solo nos faltaba admitirlo?

Era una pregunta que colgó en el aire entre ellas como una promesa, como una posibilidad, como la respuesta a un experimento que Mathilda no sabía que había estado conduciendo.

—¿Sabes qué es lo más irónico de todo esto? —murmuró, acercándose lo suficiente a Narda como para notar que olía exactamente como recordaba

desde siempre: como hogar, como seguridad, como la cosa más natural del mundo.

—¿Qué?

—Que después de explorar once signos zodiacales de imposibilidad masculina, el duodécimo signo que me enseñó lo que realmente quería en una relación resultó ser el de la persona que ya tenía.

Cuando se besaron, finalmente, fue con la comodidad de dos personas que ya se conocían completamente y la excitación de descubrir que conocerse completamente era exactamente el comienzo perfecto para enamorarse.

Y mientras Narda la besaba con la paciencia específica de alguien que había estado esperando este momento durante dos años pero que no tenía prisa porque sabía que valía la pena la espera, Mathilda se dio cuenta de que había estado buscando el amor en todos los lugares equivocados no porque no supiera lo que quería, sino porque lo que quería había estado tan cerca que no podía verlo.

El último signo zodiacal de su experimento resultó ser el primero de una historia completamente diferente. Una historia que no necesitaba aplicaciones de citas, teorías sobre optimización emocional, o aventuras existenciales para funcionar.

Solo necesitaba la honestidad de admitir lo que ya sabía, la valentía de arriesgarse con alguien que realmente importaba, y la sabiduría de reconocer que a veces el amor más extraordinario es el que se siente como la cosa más natural del mundo.

Nota final en la libreta de Mathilda:

Piscis: Intuición que lee tus emociones mejor que cualquier aplicación biométrica, empatía que no requiere manual de usuario, capacidad de amarte exactamente como eres sin agenda de optimización personal, paciencia para esperarte hasta que estés lista para ver lo obvio.

Riesgos colaterales: Ninguno identificado hasta el momento. Actualización pendiente después de más investigación de campo.

Conclusión del experimento: El amor que estás buscando tal vez ya existe en tu vida, disfrazado de la cosa más confiable, consistente, y reconfortante que tienes. A veces la respuesta a la pregunta —¿dónde está mi persona ideal?— es —exactamente donde siempre ha estado, esperando a que dejes de buscar en lugares imposibles—.

P.D.: Los Piscis aparentemente saben cosas sobre ti que tú misma no sabes todavía. Investigar si esto es magia o simplemente lo que pasa cuando alguien realmente te presta atención durante años.

EPÍLOGO. El Amor Venciendo al Zodíaco

Seis meses después de su revelación cósmica, Mathilda descubrió que estar enamorada de tu mejor amiga era simultáneamente la cosa más natural del mundo y la experiencia más desconcertante de su vida adulta. No porque el amor fuera complicado —de hecho, amar a Narda era tan fácil como respirar, tan obvio como quejarse del tráfico en Ciudad de México— sino porque resultó

que conocer a alguien completamente como amiga no te preparaba automáticamente para vivir con sus manías domésticas como pareja.

Por ejemplo: Narda, la misma mujer que había demostrado paciencia infinita para escuchar dos años de crisis románticas zodiacales, tenía la capacidad sobrenatural de dejar exactamente una cucharada de café en la cafetera. No suficiente para una taza completa, no tan poco que fuera obvio que se había terminado, sino exactamente la cantidad perfecta para hacer que Mathilda se despertara cada mañana con la ilusión de cafeína seguida inmediatamente por la traición de descubrir que tendría que hacer café nuevo.

—¿Cómo es posible que alguien que entiende las complejidades emocionales del alma humana no pueda entender el concepto básico de —si te tomas el café, haz café nuevo—? —le preguntó Mathilda una mañana, sosteniendo la cafetera casi vacía como evidencia en un juicio por crímenes contra la humanidad llena de cafeína.

—Es Piscis —respondió Narda, sin levantar la vista de su teléfono—. Somos naturalmente creativos con las porciones. Además, técnicamente sí quedaba café.

—¡Una cucharada no es café! ¡Una cucharada es una burla existencial disfrazada de bebida!

—¿Sabes qué es una burla existencial? —Narda finalmente la miró, con esa sonrisa que había aprendido a desplegar estratégicamente durante argumentos domésticos—. Que te enamores de alguien que has conocido durante años y luego descubras que te molesta exactamente la misma cosa que te molestaba cuando era tu amiga, excepto que ahora sientes que tienes derecho moral a quejarte de ello.

Era un punto válido que Mathilda habría apreciado más si no hubiera estado en las primeras etapas de abstinencia de cafeína.

O estaba el asunto de los platos. Narda, quien como amiga había demostrado ser la persona más considerada del planeta, había resultado tener una relación filosóficamente compleja con el concepto de —lavar los platos inmediatamente después de usarlos—. No es que fuera sucia —el departamento siempre estaba impecable— sino que operaba bajo la teoría de que los platos necesitaban —tiempo para procesar— antes de ser lavados.

—Los platos no necesitan terapia emocional —declaró Mathilda un miércoles por la noche, contemplando un fregadero que parecía un museo de todas las comidas que habían consumido en las últimas 48 horas—. Los platos necesitan jabón y agua. Preferiblemente antes de que la comida se convierta en arqueología doméstica.

—Mira —Narda se acercó por detrás y la abrazó, usando esa táctica de desarme físico que había perfeccionado desde que habían comenzado a vivir juntas—. Podríamos pelear sobre los platos, o podríamos aceptar que yo cocino increíble y tú lavas increíble, y que esa es una división del trabajo que funciona perfectamente.

—Eso es manipulación emocional disfrazada de pragmatismo romántico.

—Exacto. ¿Está funcionando?

—Jodidamente sí.

Porque esa era la cosa sobre estar enamorada de Narda: incluso cuando sus hábitos domésticos desafiaban toda lógica práctica, incluso cuando discutían sobre cosas tan mundanas como la cantidad apropiada de café que constituía — quedar café—, incluso cuando Mathilda descubría nuevas formas en que dos personas podían ser completamente compatibles emocionalmente pero tener filosofías domésticas diametralmente opuestas, seguía siendo la decisión más acertada que había tomado en años.

Era como si hubiera pasado dos años estudiando para un doctorado en Hombres Imposibles solo para descubrir que la materia que realmente necesitaba dominar era Amor Posible 101: Cómo Ser Feliz Con Alguien Que Deja Una Cucharada de Café y Cree Que Los Platos Necesitan Tiempo de Reflexión.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre pelear contigo y pelear con cualquiera de mis experimentos zodiacales previos? —le dijo a Narda una noche, después de una discusión particularmente intensa sobre si era necesario guardar los condimentos en orden alfabético (posición de Mathilda: obviamente sí; posición de Narda: el caos condimentado estimula la creatividad culinaria).

—¿Que conmigo las peleas terminan en sexo de reconciliación en lugar de en evaluaciones de desempeño romántico?

—Bueno, eso también —Mathilda se acomodó contra ella en el sofá, en esa posición que habían perfeccionado durante meses de domingos viendo Netflix y comentando sardónicamente sobre las decisiones románticas de otros—. Pero principalmente que cuando peleo contigo, nunca siento que estoy peleando contra quién eres fundamentalmente. Estoy peleando contra cosas específicas que haces, no contra tu personalidad completa.

—Eso es muy maduro y emocionalmente inteligente para alguien que acaba de gritarme sobre la organización de condimentos.

—He evolucionado. El amor me ha hecho una mejor persona. Una mejor persona que todavía cree firmemente que la mostaza va antes que la salsa inglesa en cualquier sistema de organización racional.

Narda se rio con esa risa que Mathilda había estado escuchando durante años pero que ahora tenía capas adicionales de intimidad, complicidad, y la satisfacción específica de hacer reír a alguien que te conoce lo suficientemente bien como para anticipar tus chistes.

—¿Sabes qué es lo más irónico de todo esto? —dijo Narda, jugando con el cabello de Mathilda de esa manera que había convertido las noches de domingo en su ritual favorito de la semana.

—¿Que después de años de criticar las aplicaciones de citas terminamos siendo la pareja más doméstica y tradicional del mundo?

—Que después de tu experimento exhaustivo sobre la incompatibilidad zodiacal masculina, terminamos siendo la prueba viviente de que la compatibilidad no tiene nada que ver con los signos astrológicos y todo que ver con encontrar a alguien que te aguante exactamente como eres, manías neuróticas incluidas.

Era una observación que habría sido profunda si no hubiera sido tan obviamente cierta.

—Aunque —añadió Narda— debo admitir que mi intuición pisciana sabía desde el principio que íbamos a terminar juntas. Solo estaba esperando a que tu

Capricornio terminara de procesar todas las variables lógicas antes de llegar a la conclusión emocional correcta.

—¿En serio? ¿Tu intuición mística de pez sabía que íbamos a terminar enamoradas?

—Mi —intuición mística de pez— sabía que cada vez que salías con uno de estos tipos imposibles, regresabas a casa más convencida de que lo que querías en una relación era exactamente lo que ya tenías conmigo. Solo que te tomó dos años y once signos zodiacales diferentes darte cuenta.

Mathilda se incorporó para mirarla directamente, con esa expresión de fascinación que reservaba para momentos de revelación particularmente impactantes.

—¿Me estás diciendo que sabías todo el tiempo que tu plan maestro era dejarme explorar sistemáticamente todas las formas posibles en que los hombres podían ser emocionalmente inalcanzables hasta que me diera cuenta de que tú eras emocionalmente alcanzable?

—No fue un plan maestro. Fue paciencia pisciana combinada con la intuición de que a veces las personas necesitan perderse completamente para encontrar lo que siempre estuvo ahí.

—Eso es...

—¿Manipulador y romántico al mismo tiempo?

—Iba a decir brillante, pero sí, también eso.

Se besaron entonces, en el sofá que había sido testigo de dos años de crisis románticas y que ahora era el escenario de su felicidad doméstica ligeramente disfuncional pero completamente satisfactoria. Y mientras Narda la besaba con esa combinación perfecta de familiaridad y pasión que solo es posible cuando te enamoras de alguien que ya te conoce completamente, Mathilda se dio cuenta de que había encontrado algo mejor que la compatibilidad zodiacal perfecta.

Había encontrado a alguien que la amaba exactamente como era, que peleaba con ella sobre cosas importantes como la organización de condimentos pero que nunca la hacía sentir que tenía que cambiar fundamentalmente para ser amada, y que tenía la paciencia de esperar dos años a que ella se diera cuenta de lo obvio sin nunca hacerla sentir estúpida por haber necesitado tanto tiempo.

Había encontrado, reflexionó mientras Narda hacía esas cosas que habían convertido las noches de domingo en su nuevo ritual favorito de la semana, algo que ninguna aplicación de citas, ningún algoritmo de compatibilidad, y ningún análisis zodiacal podría haber predicho o reemplazado: el amor real, complicado, imperfecto, y completamente ordinario que resulta ser la cosa más extraordinaria del mundo cuando es con la persona correcta.

Y si esa persona correcta resultaba creer que los platos necesitaban tiempo de procesamiento emocional antes de ser lavados, bueno, esos eran detalles que se podían negociar.

El amor, había descubierto finalmente, no se trataba de encontrar a alguien que fuera astrológicamente compatible contigo.

Se trataba de encontrar a alguien con quien fueras feliz siendo incompatible en todas las formas que no importaban realmente.

Nota final, final en la libreta de Mathilda:

El amor verdadero es descubrir que puedes pelear sobre la cantidad apropiada de café que constituye —quedar café— y aun así estar más feliz que nunca en tu vida.

También: los Piscis aparentemente pueden predecir el futuro romántico, pero solo te lo dicen después de que sucede, porque tienen el sentido del timing dramático más desarrollado del zodiaco.

Conclusión definitiva: El zodiaco no determina la compatibilidad romántica. La compatibilidad romántica se determina por encontrar a alguien que te haga reír incluso cuando te está volviendo loca, y que te ame lo suficiente como para aguantar que los vuelvas locos también.

P.D.: Aparentemente mi experimento zodiacal fue en realidad un experimento sobre mí misma. Típico de Capricornio convertir hasta el autoconocimiento en un proyecto de investigación estructurado.

P.P.D.: Las mejores historias de amor no terminan con —vivieron felices para siempre.— Terminan con —vivieron felices para siempre, peleando sobre tonterías y riéndose de todo lo demás.—